

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (6)

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

VI

CÓRDOBA CONTEMPORÁNEA (SIGLOS XIX-XXI)



LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (6)
CÓRDOBA CONTEMPORÁNEA
(SIGLOS XIX-XXI)

JOSÉ COSANO MOYANO
COORDINADOR

JOSÉ COSANO MOYANO
COORDINADOR

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA



DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

2022

2022

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS
CÓRDOBA CONTEMPORÁNEA
(SIGLOS XIX-XXI)

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2022

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

CÓRDOBA CONTEMPORÁNEA (SIGLOS XIX-XXI)

Coordinador: José Cosano Moyano

(Colección *T. Ramírez de Arellano VI*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles
Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-126228-3-6

Dep. Legal: CO 2032-2022

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

VIAJEROS FRANCESES POR LA CÓRDOBA CONTEMPORÁNEA

Francisco Aguayo Egido
Académico Correspondiente de la RAC

España ha sido el país al que se le han dedicado más relatos de viaje durante la segunda mitad del siglo XVIII y a lo largo de los siglos XIX y XX, así como uno sobre los que más se sigue escribiendo en la actualidad¹. Ya en el XVII y sobre todo en el XVIII jóvenes británicos y alemanes, a fin de completar su formación, comenzaron a viajar por Francia, Suiza, Alemania, Italia y, posteriormente, a España (Grand Tour). Nuestro país, especialmente Andalucía, se va a convertir durante el XIX en un importante foco de atracción, donde encuentran raíces románticas y de la civilización musulmana, con sus vestigios, restos arquitectónicos, cultura y obras de arte.

A partir de 1832 nos visitan los que podríamos llamar los primeros turistas; anteriormente sólo venían a España soldados, refugiados bonapartistas y algunos que se interesaban por el mundo de los negocios. Si tenemos en cuenta a los viajeros franceses del siglo XIX que escriben sobre Córdoba, observamos que el mayor número de visitas se produce en las dos últimas décadas, pues cada una de ellas dobla la media de las anteriores². Por otra parte, vemos que en la segunda

¹ M.^a Antonia López-Burgos, *Huelva, la orilla de las tres carabelas: relatos de viajeros de habla inglesa, siglos XIX y XX*, [Sevilla], Consejería de Turismo, Comercio y Deporte, D.L. 2009, p. 19.

² Léon-François Hoffmann, *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*, París, Presses Universitaires de France, New Jersey, Université de Princeton, 1961, p. 51.

década del XIX son muy escasas, tal vez debido a la fobia hacia lo francés que surge tras la Guerra de la Independencia³.

Peripencias del viaje

Hoy, con la globalización, la posibilidad de realizar grandes desplazamientos con rapidez está al alcance de buena parte de los habitantes del mundo desarrollado. El viaje ha perdido algunos de sus antiguos atractivos, como el espíritu de aventura o el descubrimiento de nuevas tierras y nuevas gentes.

Sin embargo, todavía el viajero se siente impulsado a dejar constancia del periplo realizado, si no ya anotando en su cuaderno, sí con su cámara fotográfica, vídeo o teléfono móvil, que se convierten en el sustituto ideal del diario de viaje de épocas pasadas. Cuando las imágenes se lograban sólo a través del dibujo, la pintura y técnicas de reprografía, las palabras eran muy necesarias para dar a conocer la realidad de países lejanos, de otras culturas y de otras realidades.

En el siglo XIX, el viaje a España suponía una aventura con numerosos riesgos. Así lo anunciaba el clérigo Charles Dory:

Un mes de vacaciones, algunas economías, bastante fuerza física para hacer frente a un clima extremo, un alma un tanto artista, querido lector, si tiene todo eso, no dude, emprenda el peregrinaje de España... El trote de las mulas es duro; las tartanas le sacuden despiadadamente; los ferrocarriles son mediocres... Es a un peregrinaje a lo que le invitamos, ¿y el peregrinaje no es esencialmente un viaje de penitencia? A cambio, le prometemos emociones variadas y tan intensas que olvidarán de buen grado los cansancios de la carretera⁴.

La falta de seguridad en los caminos exigía que los viajeros hubiesen de recurrir frecuentemente a las armas. El artista Adolphe Desbarolles decía que para viajar por España se necesitaba, además de

³ Sobre esta centuria tengo publicada la obra *Córdoba en los viajeros francófonos del siglo XIX*, Córdoba, Diputación Provincial, 2018.

⁴ Charles Dory, *L'Espagne. Notes d'un pèlerin*, Charolles, 1881, pp. 5 y 6.

“tres francos diarios”, “un buen fusil”⁵, y el marqués de Custine consideraba la seguridad de nuestros caminos similar a la de El Cairo o la de Marruecos⁶. Andalucía y, especialmente Sierra Morena, tenían fama de ser tierra de bandoleros. De ahí que los editores Lheureux y Furne nos cuenten con todo lujo de detalles cómo fueron desvalijados en Sierra Morena por el bandolero Cambriles⁷.

No obstante, más que en los caminos Teophile Gautier encuentra el peligro en los alojamientos. Es “en el albergue, donde os degüellan, donde os despojan con toda seguridad, sin que tengáis el derecho de recurrir a las armas defensivas, y de dar un tiro al camarero que os presenta vuestra cuenta”⁸.

Estos peligros e inconveniencias del viaje se incrementaban para las mujeres que se decidían a emprender solas la aventura, por su desventajosa condición en aquella época, como fue el admirable caso de la parisina Louise Bourbonnaud:

¿Sin el hombre, qué haría ella? ¿Cómo se desenvolvería? la pobre... Pues bien, he querido mostrar yo, mujer, que estas ideas emitidas más arriba sobre la mujer comienzan a ser muy anticuadas y fuera de lugar. Joven todavía, gozando de una fortuna bastante grande, estando viuda, es decir dueña de mis actos, me propuse dar “mi vuelta al mundo” no en 80 días, sino según mi capricho, volviendo después de cada uno de mis viajes a descansar en la mayor estación humanitaria y espiritual que se encuentra en el mundo: París.

Comienzo con el relato de mi primer viaje, aquel en el que probé mis alas: mi viaje a través de España... A principios de 1882, salí, pues, en el rápido de Burdeos, teniendo como todo equipaje sólo dos pequeñas maletas. Jamás me agobio con equipaje en mis viajes, una simple maleta ahora me basta; encuentro mucho más

⁵ Adolphe Desbarrolles, *Les deux artistes en Espagne*, París, Jules Rouff, s.a., 3.^a ed., p. 344.

⁶ Astolphe Custine, *L'Espagne sous Ferdinand VII*, Bruxelles, Société Typographique Belge, 1838 (1.^a ed. 1831), t. II, p. 59.

⁷ Achille Armand Lheureux/Charles Furne, *Voyage de deux amis en Espagne*, París, Fournier, 1834, pp. 47-50.

⁸ Théophile Gautier, *Voyage en Espagne –Tra los montes...*, Paris, G. Charpentier et Cie., 1890 (1.^a ed. 1843), p. 296.

cómodo comprar cosas muy baratas de las que me desembarazo a medida que están fuera de uso...⁹.

Y cuando ya pueden viajar en ferrocarril, los viajeros expresan sobre él las más diversas opiniones. El periodista Harry Alis disfruta con la variedad de paisajes:

Un calidoscopio que se desarrolla incesantemente bajo vuestros ojos, una increíble variedad de cuadros, de paisajes cambiantes, de escenas que os escapan tan pronto como son entrevistas y que por esta razón permanecen llenas de misterio. Y además ¿no es pues cualquier cosa: acostarse por la noche en las brumas del otoño parisino, y despertarse bajo un verdadero sol de África...¹⁰

Pero también hay quienes le encuentran inconvenientes. Es el caso del abate y periodista Alphonse Cordier:

No presenta el mismo interés que la mesa redonda de aquellos buenos antiguos albergues, de los tiempos de la posta, donde se podía charlar y reír totalmente a gusto; pues entonces se viajaba, y ahora se corre a toda velocidad. El vapor ha sustituido a los caballos, y el maquinista al postillón. Ya no ven ustedes ni el campo, ni las aldeas, ni los pueblos, ni las ciudades, sino que los queman...¹¹

¿Por qué vienen?

Si consideramos los motivos que han impulsado a los viajeros a visitarnos durante siglos, han sido muy diversos. Recordemos a los monjes Usuard y Odilard que vienen en el año 858, para llevar a su monasterio de Saint-Germain-des-Près algunos cuerpos de mártires de la persecución musulmana¹² o al abad Juan de Gortz que llega a la corte de Abderramán III en 963 como embajador del emperador

⁹ Louise Bourbonnaud, *Seule à travers 145.000 lieues terrestres, marines et aériennes. Premier voyage. Europe (45.000 lieues). Espagne, Portugal, Gibraltar, Maroc...*, Paris, L. Bourbonnaud, [s.d.], pp. 1-3.

¹⁰ Harry Allis, "Promenades en Espagne. De Paris à Lisbonne", *Journal des débats politiques et littéraires*. Vendredi 28 octobre 1887, p. 2.

¹¹ Alphonse Cordier, *À travers la France, l'Italie, la Suisse et l'Espagne. 1865 et 1866*, París, J. Vermot, 1866, pp. 4 y 5.

¹² Père B. de Gaiffier, "Les notices hispaniques dans le martyrologue d'Usuard", *Analecta Bollandiana*, LV, 1937, pp. 268-283.

alemán Otón el Grande¹³. O bien cuando el cardenal de Albi y el señor de Torcy son enviados a Córdoba en 1469 para entrevistarse con el rey Enrique IV y pedirle en matrimonio para el duque de Guyenne a su hermana Isabel o a su hija Juana que debían, una u otra, heredar de los reinos de Castilla y de León¹⁴. Pero atengámonos a la época contemporánea.

A comienzos del XIX, miles de franceses se ven obligados a intervenir en la invasión napoleónica. Y Córdoba fue de las primeras ciudades de España que llegaron a presentar oposición al paso del ejército francés. También en este siglo los escritos de Alexandre Laborde, del barón Taylor y de Théophile Gautier crearon una nueva moda del viaje a España que a menudo suplanta al viaje a Italia.

Por motivos sanitarios el doctor André Mazet viene para estudiar la fiebre amarilla y fallece a causa de ella en la ciudad de Barcelona¹⁵.

Razones de carácter artístico o bibliófilo son las del barón Justin Taylor¹⁶, con la pretensión de comprar obras de arte, o del erudito sacerdote Ulysse Chevalier, quien vendrá tanto “para interrogar y saludar a la noble España” como para estudiar sus incomparables monumentos¹⁷. Así mismo, el profesor Léon de Rosny viaja “con la esperanza de descubrir algunos de esos rarísimos manuscritos compuestos por los indios del Nuevo Mundo antes del descubrimiento”¹⁸. El bi-

¹³ “Fuentes para la Historia de Córdoba en la Edad Media. La Embajada del Emperador de Alemania Otón I al Califa de Córdoba Abderrahmán III”, *Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, n° 33 (Octubre a Diciembre 1931), pp. 255-282. Reproducción de la traducción del texto latino al español realizada por A. Paz y Mélia, en *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, II (1872) pp. 76-80, 90-94, 103-110, 120-125 y 137-141.

¹⁴ Prosper Brugière Barante, *Histoire des ducs de Bourgogne de la maison de Valois, 1364-1477*, París, Ladvocat, 1826, t. 9, pp. 241-242.

¹⁵ André Mazet, “Relation abrégée du voyage fait en Andalousie pendant l'épidémie de 1819”, *Journal complémentaire du dictionnaire des sciences médicales*, t. VIII, París, C.-L.-F. Panckoucke, Éditeur, 1820, pp. 193-217.

¹⁶ M. Cyprien Robert, “Galerías españolas à Paris”, *L'Université Catholique, recueil religieux, philosophique, scientifique et littéraire*, París, Au bureau de l'Université Catholique, juin 1838, t. V, pp. 441 y ss.

¹⁷ Ulysse Chevalier, *Souvenirs d'une excursion archéologique en Espagne...*, Lyon, Emmanuel Vitte, 1892, p. 5.

¹⁸ Léon de Rosny, *Taureaux et mantilles. Souvenirs d'un voyage en Espagne et en Portugal*, París, Paul Ollendorff, 1880, t. II, pp. 160 y ss.

bliotecario Charles Graux supera grandes dificultades para buscar manuscritos griegos antiguos en la biblioteca de la Catedral de Córdoba. Además él aconsejaba venir al Sur y, “sobre todo, a Andalucía” para saber “lo que es una población viva”¹⁹. Animado por los hallazgos de Graux, el profesor Charles Fierville vendrá a España a la búsqueda de manuscritos de Quintiliano²⁰.

La aventurera Louise Bourbonnaud, brava mujer que, al quedarse viuda, se atrevió a recorrer 180.000 kilómetros en cuatro viajes a través del mundo, en 1882 se siente atraída por nuestro país debido a sus “fieros guerrilleros” e “intrépidos conquistadores” y, sobre todo, porque aquí la mujer “goza de ese privilegio de suceder en el trono”²¹.

No faltaron tampoco los exiliados políticos o quienes se autoexiliaron como fue el caso de Antoine de Latour, quien lo hace para encontrarse en España con Antoine d’Orléans, duque de Montpensier, de quien había sido preceptor²².

Para el periodista Victor Fournel²³ y para el marqués de Custine, salir “de París únicamente para admirar la catedral de Córdoba” ya sería más que suficiente, si bien este último también prefiere emplear su dinero “en escoltas contra los bandidos románticos, para ver la Alhambra o para oír tocar la guitarra bajo el pórtico de una casa elegante”. Es “la idea del peligro” la que le “aumenta el placer de la ruta”, una ilusión semejante a la que produce la lectura de un poema²⁴. Así mismo, el libro *Aquarelles d’Espagne*, obra de A. Durègne, aconseja el viaje a Córdoba, porque aquí los visitantes extranjeros olvidarán todas las decepciones, penas y fatigas del viaje a España²⁵.

¹⁹ Charles Graux, “Correspondance d’Espagne”, *Revue Hispanique*, 1905, t. 13, pp. 310, 420 y 421.

²⁰ Charles Fierville, *Relation d’un voyage en Espagne*, Saint-Brieuc, Francisque Guyon, 1876, pp. 1 y 17.

²¹ Bourbonnaud, *op. cit.*, p. 2.

²² Antoine de Latour, *Études sur l’Espagne. Séville et l’Andalousie*, Paris, Michel Lévy Frères, 1855, t. I, pp. 1 y 2.

²³ Víctor Fournel, *À travers l’Espagne et l’Italie*, Tours, Alfred Mame et fils, 1900, p. 87.

²⁴ Custine, *op. cit.*, p. 41.

²⁵ E. Durègne, *Aquarelles d’Espagne*, Bordeaux, impr. Gounouilhau, 1906, p. 14.

A finales de los años ochenta del siglo XX, los periodistas Jacques Durand y Jacques Maigne²⁶ llegan a Córdoba con el objetivo de descubrir sus iconos, es decir, aquellas imágenes que se pueden considerar como las más representativas. Van a “errar por las tabernas a la búsqueda de una señal”, al mismo tiempo que celebran en silencio los vinos de Montilla y Moriles, “supervivientes de la historia, honrados por los romanos, los califas y los hombres sencillos de la calle”. Y será en una otoñal noche de lluvia, en un bar de la calle San Fernando, donde comienzan a descubrir la esencia de Córdoba:

En las paredes, en un diluvio de grabados taurinos, algunos signos ya familiares, aunque ilegibles. Rafael, el arcángel, rostro de efebo y cabellos de oro, mueve sus blancas alas. Sobre un espejo picado, un rostro triste y altivo, indiferente, como despreocupado del mundo, y dos palabras ya gastadas: Anís Manolete. Por encima de la máquina de café, un bello retrato de mujer que sujeta unas naranjas bajo sus senos desnudos. Título de la reproducción *Naranjas y limones*. A su lado un bosque de columnas, ocre y amarillo, sin leyenda, puesto que todo el mundo reconoce la Mezquita, la celebrísima Mezquita²⁷.

Se sienten, pues, atraídos hacia bares y tabernas, tales como Casa de Pepe el de la Judería²⁸, la bodega de Plateros, el bar La Mezquita, paraíso de los boquerones en vinagre, casa de Pepe el Feo²⁹, el Juramento, o bien Casa Paco, el bar La La La³⁰ o Los Azulejos, que serán considerados por los dos visitantes como “universos de hombres soñadores e inaccesibles”. Porque a estos lugares se va “para no pensar demasiado, para degustar un vino dorado como los trigos, para saborear un salmorejo..., o un rabo de toro preparado a la antigua y para

²⁶ J. Durand y J. Maigne, *Guadalquivir. Impressions de voyage de deux curieux contemporains dans les régions d'Andalousie traversées par le fleuve le plus chargé d'ors, de secrets, de légendes et d'émotions, à l'extrême sud de l'Europe*, Paris, Seghers, 1990.

²⁷ *Ibidem*, pp. 79-81.

²⁸ En 1950 el papa Juan XXIII almorzó allí, cuando era nuncio apostólico en Francia.

²⁹ Al lado de la Cruz del Rastro, en la esquina Cardenal González y calle San Fernando.

³⁰ Este bar se encontraba, junto a la Cruz del Rastro, en la calle San Fernando números 1-3.

contemplar imágenes en sus paredes. Torero triste, mujeres bellas que no sonríen y ángel paradisíaco”³¹. ¿Y cómo no visitar el bar de Paco Acedo³², donde el maestro de la tauromaquia solía jugar al dominó, o el restaurante Paco Cerezo³³ donde se exhibe la reliquia del “pañuelo manchado de sangre que sirvió para enjugar la herida mortal del torero más grande de todos los tiempos... Manolete no es un simple torero, es un semidiós, santo y mártir... Ni Lagartijo, ni Guerrita, ni sobre todo Manuel Benítez, *El Cordobés*, suscitaron tal devoción popular, tal fenómeno de identificación... Manolete, torero silencioso y austero, secreto y lejano es a la imagen de su ciudad, o del carácter que ella se crea”³⁴.

Por su parte, san Rafael cura y protege a la ciudad, consuela y sonríe al pueblo que le hace ofrendas y le dedica sus fiestas. “Rubio y de una exquisita preciosidad, riega la ciudad con sus retratos, medallas, grabados, oratorios (llamados aquí triunfos) o estatuillas”. Ofrece su nombre a buena parte de los habitantes, al mismo tiempo que “triunfa como marca registrada de dulces y caramelos, o se transforma a su vez en estación de servicio, taberna, auto-escuela, tienda de todo y de nada, transportista o vendedor de vino. También ha dado su nombre a un cementerio, un barrio, un estadio de fútbol, un hospital y un convento. Sin hablar de su iglesia madre en el barrio de San Lorenzo”³⁵.

Como es de suponer, también la Mezquita va a ser objeto de la consideración de los viajeros Durand y Maigne, así como el río Guadalquivir. Respecto a ella afirman que es “una de las catedrales más pomposas del país (estilo plateresco que raya en la histeria)” y que mucho más que una maravilla del arte musulmán o un atractivo lugar turístico, es “un navío anclado en la cultura de la ciudad, símbolo vivo de su historia, emblema casi magnético”. Muchas de las calles y avenidas modernas de la ciudad “parecen declinar en dulce pendiente y em-

³¹ J. Durand y J. Maigne, *op. cit.*, pp. 80 y 81.

³² Taberna Paco Acedo situada junto a la Torre de la Malmuerta, esquina de la calle Adarve.

³³ Situada en el Campo de la Merced, esquina a la calle Torres Cabrera, la taberna Paco Cerezo, una de las más castizas de Córdoba, era lugar de encuentro de toreros, cantaores de flamenco y aficionados.

³⁴ J. Durand y J. Maigne, *op. cit.*, pp. 96 y 97.

³⁵ *Ibidem*, pp. 97 y 98.

pujan invariablemente a los paseantes hacia el río, a los alrededores de la inevitable Mezquita”. En ella, “símbolo de la imposible fusión de las dos religiones”, está enterrado el inca Garcilaso de la Vega, historiador peruano hijo de un noble conquistador y de una princesa inca³⁶.

Con respecto al Guadalquivir, “Córdoba no ha cesado de celebrar el *río grande* como uno de los personajes esenciales de su historia; lo ha abandonado a su suerte de río contaminado y envejecido, en sus coronas de rey alegórico, irreal”³⁷. Actualmente nadie se manifiesta para denunciar la contaminación y la agonía del Betis, “gran rey de Andalucía” cantado por Luis de Góngora. También la Ribera se encuentra en estado salvaje, abandonada:

Los pequeños bares de la Ribera han cerrado progresivamente; la “ruta del juego” y sus casinos para proletarios –como los bares Vellero y Romero– ya no existen; el barquero que mariposeaba entre las dos riberas transportó a sus últimos pasajeros hace quince años; la playa artificial para los chicos, y El Soto, lugar de baño de las mujeres que fue El Dorado de los mirones, fueron prohibidos por insalubridad; el molino de Martos, antiguo reino de Alfonso, emérito nadador, es una ruina abandonada; Manuel Moyano, herrero y cronista del río, ya no está allí para contar aquella famosa inundación de 1917 en que el cura del Campo de la Verdad tuvo que refugiarse en la torre de su iglesia³⁸.

Y en este largo periplo a través de Córdoba, los dos viajeros franceses hacen referencia a varios personajes íntimamente relacionados con ella: el gitano Antonio Castro, el alcalde Julio Anguita y el filósofo Roger Garaudy.

Especial atención dedican a la entrevista con Antonio Andrés Castro Reyes³⁹ quien, ya sexagenario y enfermo, les recibe en su casa

³⁶ *Ibidem*, pp. 88 y 89.

³⁷ *Ibidem*, pp. 87.

³⁸ *Ibidem*, pp. 86.

³⁹ Los viajeros lo llaman Antonio *El Gitano* o Antonio *El Pintor*, pero en la ciudad se le conocía también con el apodo de *El Diamante Negro*. Falleció el 10 de octubre de 2019. Pude conocerlo personalmente, gracias al abogado Marcos Santiago Cortés, quien, el 30 de octubre de 2019, le dedicó en *Diario Córdoba* el artículo “Adiós, Diamante”, donde nos revela la personalidad de este misterioso personaje cordobés.

situada en el número 10 de la calle de Santa María de Gracia, en la penumbra de un universo decorado con telas de hilos de oro y paños muaré. Personaje polifacético pues, además de pintor, es restaurador de tapicerías antiguas, arqueólogo, bailar flamenco, poeta, o más bien brujo e historiador que domina el árabe y el latín. Por ello les recita versos en árabe y castellano del *Collar de la paloma* de Ibn Hazm y otros que traen al recuerdo la magnificencia de la ciudad de Medina Azahara o personajes como Séneca, Averroes, Maimónides, el músico Ziriyab, el obispo Osio, el *Gran Capitán*, o el poeta Luis de Góngora. Pasa a hablarles de la música del agua en los patios, esos “paraísos invisibles, con plantas cuidadas día a día, oasis que endulzan los veranos y resuenan con el ruido del agua”. Hace mención del admirable compás del cantaor de flamenco Fosforito, “el único *payo* que posee tal maestría del contratiempo” y que en la víspera ha sido capaz de entusiasmar a unas tres mil personas, la mayoría jóvenes, en la plaza de toros local. Acaba con la mirada de las mujeres cordobesas y refiriendo los misterios sin dilucidar de la Mezquita, “núcleo imantado, entrañas y corazón de la ciudad, hoy como ayer...”⁴⁰

El alcalde Julio Anguita está considerado como un hombre que se ha identificado con su ciudad, su cultura y su sentido de la calle. Córdoba se ha deleitado en sus palabras de “orador narcisista, carismático, andaluz, cordobés, que no pierde una ocasión –de ahí que se le llame “el califa rojo”– de evocar sus raíces árabes, que se embelesa ante la puesta de sol sobre el río, que escucha, cerrando los ojos, la música del agua en los riachuelos, que frecuenta las bibliotecas, los baños públicos, las *tertulias* entre pensadores judíos y árabes improvisadas en el *Patio de los Naranjos...*”. Como comunista poco ortodoxo, se enfrenta al obispo de Córdoba, monseñor Infantes Florido, cuando éste protestaba en 1981 por la transformación en mezquita de la iglesia de Santa Clara, y le recuerda el morabito que el general Franco abrió en el Campo de la Merced⁴¹ para procurar un lugar de culto a sus soldados de confesión islámica. Este alcalde ha bebido y bailado hasta

⁴⁰ J. Durand y J. Maigne, *op. cit.*, 83-85.

⁴¹ Aquí los autores confunden Campo de la Merced por Campo de la Verdad, pues es en los jardines cordobeses de la Merced, también llamados de Colón, donde se encuentra esa pequeña mezquita.

el amanecer en la feria de Nuestra Señora de la Salud, y ha promovido la renovación del Carnaval⁴².

El filósofo Roger Garaudy fue expulsado del Bureau Politique del Partido Comunista francés, por criticar la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968. Entonces intenta una aproximación entre cristianos y marxistas, pero acabó convirtiéndose al Islam. Y, en febrero de 1987, cuando ejercía en Ginebra como Presidente del Instituto para el Diálogo de las Culturas, hace realidad su sueño en la torre cordobesa de la Calahorra: “dar testimonio de la vocación milenaria de Córdoba en la civilización de lo universal, ser un puente entre Oriente y Occidente, unir la Ciencia, la Sabiduría y la Fe, según el espíritu de la universidad de Córdoba desde el siglo IX al XII”. Para ello crea un museo ultramoderno donde se pueden contemplar diaporamas, maquetas de la Alhambra y de la Mezquita de Córdoba, así como escuchar discursos de los grandes pensadores de aquella época⁴³.

Algunos escépticos ven en todo esto un caballo de Troya con ambiciones menos nobles. Así como en la mezquita edificada en el pueblo de Pedro Abad, donde su imán, Hazrat Mirza, declara que él no está allí sólo por la belleza del lugar, sino para dar a conocer a los andaluces “las virtudes del Islam”. La inquietud ha aumentado aún más al aparecer la lista islámica *Liberación Andaluza* en las elecciones regionales de junio de 1986, preconizando la independencia de Andalucía, la disolución de la Guardia Civil, el árabe como segunda lengua, la expulsión de los ejércitos extranjeros o la expropiación de los grandes terratenientes⁴⁴.

Vemos, pues, que Jacques Durand y Jacques Maigne han sabido descifrar buena parte de los secretos de Córdoba en un capítulo de su libro *Guadalquivir*, donde también ofrecen su visión de las demás ciudades ribereñas, para conseguir un fiel retrato del alma de Andalucía.

Entrada

Muchos viajeros franceses describen en sus relatos la primera impresión que experimentan en el mismo momento de su llegada.

⁴² J. Durand y J. Maigne, *op. cit.*, pp. 91 y 92.

⁴³ *Ibidem*, pp. 93 y 94.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 94 y 95.

Así, el barón Audebard de Férussac refiere una visión idílica de la campiña que rodea a Córdoba en 1812, con sus innumerables rebaños, sus “yeguas indomables y salvajes” y algunos sementales que “perpetúan la más bella raza de los caballos andaluces”⁴⁵. Similar a la del periodista Albert Robida quien, al bajarse del tren, ve “cactus, naranjos, flores y casas blancas” en una ciudad que “es un inmenso ramo de flores en medio del que se han arrojado algunos millares de casas deslumbrantes”. Ya desde los vagones del tren va percibiendo el perfume del azahar, que se prolonga a través de las calles y continúa en las habitaciones del hotel, cuyas ventanas dan al jardín botánico⁴⁶.

Es también a través del sentido del olfato como se produce la primera percepción del barón Justin Taylor: “Un olor balsámico se extiende por el aire, mil perfumes vienen deliciosamente a deleitar el olfato; es Córdoba que se revela antes de que hayamos podido percibirla; son sus innumerables jardines, su cinturón de naranjos florecidos que anuncian así su proximidad”⁴⁷.

El barón Davillier, que también viene en ferrocarril, añora los tiempos de las diligencias cuando se entraba por la Calahorra: “Es verdad que en aquella época se llegaba deshecho, agotado por el cansancio, blanco por el polvo, después de haber sido traqueteado por una mala carretera durante cuarenta o sesenta horas, en un coche con mala suspensión y demasiado estrecho. Pero, en cambio, la entrada era magnífica”⁴⁸. Todavía, en 1956, Jacques Watelin recomienda a los viajeros llegar a Córdoba por el Puente Romano⁴⁹.

⁴⁵ Baron d'Audebart de Férussac, “Coup d'oeil général sur l'Andalousie”, en M. Malte-Brun, *Annales des voyages de la Géographie et de l'Histoire ou Collection des Voyages Nouveaux les plus estimés...*, Paris, Chez F. Buisson, 1812, t. XIX, pp. 332 y 333.

⁴⁶ Albert Robida, *Les vieilles villes d'Espagne. Notes et souvenirs*, Paris, Maurice Dreyfous, 1880, p. 151.

⁴⁷ Isidore-Justin Taylor, *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tétouan*, Paris, Gide fils, 1826, p. 164.

⁴⁸ Jean Charles Davillier, *L'Espagne...*, Paris, Hachette, 1874, pp. 437 y 438. (Viene en 1861-1862).

⁴⁹ Jacques Watelin, *Vivante Espagne. Art, paysage, vie*, Toulouse, Privat, 1956, p. 130.

Desde allí Théophile Gautier observa “un tropel de carretas de bueyes ataviados majestuosamente con tiaras de esparto amarillo y rojo, mulos y asnos blancos cargados de paja trillada, campesinos con sombreros “pan de azúcar”⁵⁰, cubiertos con capas de lana parda que caen por delante y por detrás como una casulla de sacerdote”⁵¹.

Y también por allí el juez Eugène Demolder entra en coche en una tarde otoñal: “Y detrás de este puente, sobre el fondo azulado de la Sierra de Córdoba, con las ruinas de un Alcázar, los muros de la Mezquita, su campanario actualizado, el minarete de San Nicolás, se extiende una ciudad perfumada, confitada por los rayos, rojiza, con manchas blancas... ¡Una ciudad vestida de otoño!”⁵²

Pierre Marge, presidente de la Sociedad General de Pastas Alimentarias de Francia, llega en coche a medio día. Se detiene un buen rato en el Puente Romano, a pesar del calor abrumador, pues “desde la mitad del puente se disfruta de la mejor vista panorámica de la ciudad... Contemplada así, Córdoba es enteramente árabe; nada recuerda en ella nuestra civilización. Sus casas estrechamente entrelazadas no dejan percibir ninguna calle, ninguna arteria de alguna anchura. Córdoba se quedó petrificada en su forma de hace mil años”⁵³.

El viajero Lemesle cree soñar ante “la ciudad santa y el Guadalquivir”: “Al frente, más allá del río, una considerable ciudad rodeada de murallas sobre una alta colina; después una llanura en anfiteatro con veintidós carretas en acción, uncidas de bueyes cuya silueta se destacaba a veces en el cielo rosa de la mañana”⁵⁴.

Así mismo, un compañero del profesor Edgar Quinet prorrumpe con un grito de exclamación (¡Córdoba!) al ver la ciudad, como “una perla, al borde de un río”, y la intensa emoción que dice experimentar el escritor es superior a la del peregrino que ve La Meca por primera vez; se ve transportado al mundo de su infancia, cuando tuvo la oca-

⁵⁰ Es decir altos de copa y cortos de ala.

⁵¹ Gautier, *op. cit.*, p. 176.

⁵² Eugène Demolder, *Espagne en auto, impressions de voyage*, Paris, Société du Mercure de France, 1906, pp. 147-149.

⁵³ Pierre Marge, *Le tour de l'Espagne en automobile...*, Paris, Plon-Nourrit et Cie., 1909, pp. 127-137.

⁵⁴ R. F. Lemesle, *Une pointe en Espagne*, Paris, Pillet et Dumoulin, 1882, p. 37.

sión de leer el *Gonzalo de Córdoba* de Florián y reconoce que “ninguna ciudad de Grecia, ni siquiera Atenas,” le había impresionado tanto. A la espera de que el barquero termine de comer, aprovecha para grabar en su corazón aquel paisaje que ya no se borraría de su memoria⁵⁵.

Por su parte, el coronel Fleury la considera “la más melancólica de todas las ciudades andaluzas”, sólo superada por Cartago, la ciudad cuyo pasado revivió Gustave Flaubert en su novela *Salambó*⁵⁶.

Con aspecto más africano que cualquier otra ciudad española, se presenta a los ojos de Lucien Boileau⁵⁷, o de Paul Flat quien escribe: “Córdoba siguió siendo esencialmente antigua, y dudo que en ningún otro país de España el aspecto africano pueda ser más sorprendente”⁵⁸. Así mismo, el conde de Gironde sólo la encuentra superada por Argel en su blancura⁵⁹.

El catedrático de la Sorbona Eugène Rosseeuw Saint-Hilaire, como llega por la noche, al día siguiente muy temprano describe su primera impresión de camino hacia la catedral “por las calles tortuosas de la ciudad, sobre el más execrable pavimento”⁶⁰.

Desagradable itinerario en una noche lluviosa de diciembre será el que recorre el subprefecto Athanase Fillemin quien, para ir a la fonda, tuvo que caminar tres cuartos de hora a través de charcos de agua y de carriles⁶¹.

También llegó por la noche el orientalista y etnógrafo Léon de Rosny, pero contó con la eficaz ayuda de los serenos, que le sirvieron de guías. “Cada sereno, acantonado en su barrio, va recomendándose-lo a otro colega, conforme recorre la ciudad hasta la llegada al monu-

⁵⁵ Edgard Quinet, *Mes vacances en Espagne*, Paris, Pagnerre, 1857, pp. 202 y 203.

⁵⁶ William-Aimable-Adrien Fleury (seudónimo A. Dry), *Vers l'Occident, Nord du Maroc, Andalousie, Lisbonne*, Paris, E. Plon, Nourrit et Cie., 1899, pp. 157 y 158.

⁵⁷ Boileau, *op. cit.*, pp. 86 y 87.

⁵⁸ Paul Flat, *Paul Flat. L'art en Espagne*, Paris, Alphonse Lemarre, 1891, p. 36.

⁵⁹ Léopold de Gironde, *Retour d'Espagne: 1892*, Montauban, E. Forestié, 1892, pp. 51 y 52.

⁶⁰ Eugène Rosseeuw Saint-Hilaire, “Cordoue”, *Revue de Paris*, 1837, vol. 11-12, pp. 111.

⁶¹ Athanase Fillemin, *Impressions d'un touriste. Souvenirs de voyages*, Paris, Paul Ducrocq, 1877, pp. 240 y 241.

mento. Lo que pudo contemplar durante aquel paseo fue algo totalmente diferente de lo que vería al día siguiente con la luz del sol, debido a una metamorfosis de la ciudad o bien a la imaginación del viajero⁶².

Sin embargo, Lucien Boileau se vio asaltado por una turba de mozos de cordel, de comisionistas y de cocheros; mas, finalmente, consiguieron un coche particular que les llevó al hotel⁶³.

Mientras que el sacerdote Alphonse Cordier experimenta una de las emociones más dulces de todo su viaje, al contemplar una ciudad “limpia, amable, fresca y coqueta al máximo”, donde encuentra “un sello muy particular, que expresa más lo árabe que lo español”⁶⁴, nada atractiva le resulta al viajero que firma con las iniciales G. H., quien le encuentra un “aspecto de barbarie musulmana fatal como la muerte”, al mismo tiempo que “huele a pólvora, guerra de calle y feroces represalias”. Para él “Córdoba dormita, sin ruido... en el silencio casi sepulcral de la gloria pasada. Es una especie de necrópolis blanca inundada de sol y de polvo”⁶⁵.

Triste, desolada y sin un transeúnte en sus calles estrechas y desiertas la encuentra el periodista Gaston Routier. Para él “¡Sevilla es la vida! ¡Córdoba es la muerte!” A pesar de que ambas están situadas bajo el mismo cielo azul, rodeadas de la misma frondosa vegetación y gozan del mismo encantador clima⁶⁶. Idéntica visión es la del pintor Jules Salles:

Es imposible encontrar un contraste mayor que el que existe entre Córdoba y Sevilla. Es la tristeza y la alegría, la calma y la agitación, la muerte y la vida, en una palabra. Córdoba produce el efecto de un amplio cementerio que todavía en nuestros días evoca los fantasmas de Abderramán, del gran capitán Gonzalo y de todas las

⁶² Rosny, *op. cit.*, pp. 136 y ss.

⁶³ Lucien Boileau, *Voyage pratique d'un touriste en Espagne*, Paris, E. Dentu, 1889, pp. 81 y 82.

⁶⁴ Cordier, *op. cit.*, pp. 303 y 304.

⁶⁵ G. H., *Notes et impressions à travers l'Espagne*, Paris, 1889, pp. 82 y 86.

⁶⁶ Gaston Routier, *Deux mois en Andalousie et à Madrid*, Paris, Librairie H. Le Soudier, 1894, p. 69.

glorias pasadas. Por el contrario, la animación de Sevilla puede compararse con una colmena de abejas...⁶⁷

Desencanto y tristeza coinciden en el canónigo James Condamin, tanto en la primera como en la última impresión ante una ciudad muerta, entristecida y silenciosa⁶⁸.

Pierre Paris, profesor de Historia del Arte y fundador de la Casa de Velázquez, al llegar a Córdoba con su bicicleta rota, el 22 de abril de 1895, recuerda su anterior visita de 1887, cuando vino acompañado por su esposa: “encuentro todos mis recuerdos estéticos, avivados por recuerdos de corazón. Vuelvo a encontrar el paseo donde, una noche, fui tan feliz de llorar, el mismo banco bajo los mismos naranjos en flor, con la misma soledad”⁶⁹.

Al atardecer, entra Antoine de Latour acompañando a los duques de Montpensier. En medio de un enorme gentío, se les invita a subir a una calesa que, esquivando las “callejuelas estrechas, tortuosas y blancas”, les conduciría hasta el palacio del conde de Torres Cabrera⁷⁰.

El político y viticultor Gabriel de Saint-Victor prefiere aquel primer encuentro con Córdoba cuando se llegaba en coche correo o en diligencia: “Hoy se llega, desde la estación del ferrocarril situada extramuros, por el Paseo de la Victoria y la Puerta de Gallegos, lo que obliga al viajero a dejarse traquetear en un ómnibus amarillo canario, sobre un pavimento detestable, a través de las calles estrechas y tortuosas, para llegar a la Fonda Suiza muy convenientemente instalada en el centro de la ciudad”⁷¹.

⁶⁷ Jules Salles, *L'Andalousie, l'art arabe et le peintre Murillo, fragment d'un voyage en Espagne*, [Extrait de Mémoires de l'Académie Royale du Gard, 1864-1865], Nîmes, Clavel-Ballivet, 1866. p. 16.

⁶⁸ J. de Beauregard (seudónimo de James Condamin), *Le Circulaire 33. Du Nord au Midi de l'Espagne*, Lyon, Vitte et Perrussel, 1888, pp. 116 y 117.

⁶⁹ Pierre Paris, *L'Espagne de 1895 et 1897. Journal de voyage*, Burdeos, Maison des pays ibériques, 1979, p. 54.

⁷⁰ Latour, *op. cit.*, pp. 23 y 24. Antoine d'Orléans, duque de Montpensier, era el hijo menor del rey de Francia Luis Felipe (1773-1850); se casó en España, el año 1846, con María Luisa Fernanda de Borbón, hermana de Isabel II.

⁷¹ Gabriel de Saint-Victor, *Espagne. Souvenirs et impressions de voyage*, Paris, Librairie Blériot, 1889 (2ª ed.), pp. 57 y 58.

Descripción general

Visto ya el impacto del primer encuentro, pasemos a considerar la descripción general de la ciudad tal como aparece en los relatos. Los viajeros del siglo XIX vienen buscando el “paraíso” de Andalucía, en una Córdoba que aún conserva su estilo oriental, con usos y costumbres muy diferentes de los del resto de Europa. Con un clima y una situación geográfica favorables, posee una vegetación exótica donde proliferan la palmera, el naranjo, el limonero y el olivo⁷². Así nos la pintan Auguste Eschenauer⁷³, Antoine Fée⁷⁴ y el marqués Alexandre de Laborde:

Está situada en un paraje delicioso al pie de altas montañas, a la entrada de una gran llanura, sobre la orilla septentrional del Guadalquivir, que corre a lo largo de sus muros en forma de media luna. Dichas montañas, aunque escarpadas, están llenas de huertas, viñas, olivos y árboles frutales, particularmente naranjas y limones, que embalsaman el aire con olores agradables⁷⁵.

Mas teniendo las naranjas más hermosas y mejores de España y abundantes frutos, dice Limouzin, sin embargo no se sabe sacarles provecho⁷⁶. Igualmente, Tandonnet dice que en los jardines del Alcázar ha cogido “las más hermosas naranjas del mundo”⁷⁷.

Al pasearse Rosseeuw Saint-Hilaire por las laderas que rodean a la ciudad, aunque la campiña ha quedado afectada por la larga sequía ese año de 1837, contempla el paisaje de la sierra que “se impregna de

⁷² A. López Ontiveros, “El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica”, en J. Gómez Mendoza y otros: *Viajeros y paisajes*. Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 40.

⁷³ Auguste Eschenauer, *L'Espagne, impressions et souvenirs, 1880 et 1881...*, Paris, Paul Ollendorff, 1882, p. 259.

⁷⁴ Antoine Laurent Apollinaire Fée, *Souvenirs de la guerre d'Espagne, dite de l'Indépendance, 1809-1813...*, Paris, Veuve Berger Levrault et fils, 1856, p. 56.

⁷⁵ Alexandre Laborde, *Itinerario descriptivo de las Provincias de España y de sus Islas y Posesiones en el Mediterráneo...*, Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompié, 1816, p. 413.

⁷⁶ M. Limouzin, *Souvenirs d'Espagne pendant les années 1808, 1809, 1810, 1811, 1812 et 1813...*, Paris, Lecoq, 1829, pp. 146-148.

⁷⁷ André Tandonnet, *Castille, Andalousie, Grenade. Vues et souvenirs*, Paris, Albert Savine, 1890, p. 140.

una belleza campestre y a la vez grandiosa” y que “resalta más vivamente aún por el contraste de numerosos pequeños caseríos resplandecientes de blancura”⁷⁸.

Féréal y Cuendias, después de visitar la catedral, disfrutan del placer del cielo, el paisaje y los personajes andaluces⁷⁹. Y vendrán otros viajeros que pongan el acento en el clima y en la agricultura por la que, según Graux, en 1908, “Córdoba se está haciendo muy rica”⁸⁰. “Un feliz clima y una tierra fértil” con unas tierras bien cultivadas, dirá Miot de Mérito⁸¹. Agricultura floreciente, en la que el conde normando Robert des Maisons ve “canales bien mantenidos” y sistemas de riego, heredados de los moros, que le llevan a comparar el Valle del Guadalquivir con el del Nilo⁸². Más poéticamente, Laurencie observa cómo “duerme languidecida en medio de trigos verdosos, al pie de suaves colinas que vienen a morir en el Guadalquivir, el río de los califas, de las abluciones santas, el glorioso y rico fecundador de la bella Andalucía”; completa con una visión panorámica desde la torre de la Catedral⁸³.

Sin embargo, la campiña más fértil del país contrasta con la miseria humana, según Achille Lheureux⁸⁴ y Étienne de Lantier, quien ve muchas casas deshabitadas, calles casi desiertas y claustros de las iglesias asediados por una muchedumbre de mendigos; mientras que en la pendiente de Sierra Morena se pueden contemplar “jardines muy agradables, viñas, plantaciones de naranjos, limones, olivos y árboles frutales”⁸⁵.

⁷⁸ Rosseeuw Saint-Hilaire, *op. cit.*, pp. 117 y 118.

⁷⁹ Victor Féréal y Manuel de Cuendias, *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Mœurs, usages et costumes*, París, Librairie Ethnographique, 1848, p. 325.

⁸⁰ Graux, *op. cit.*, t. 13, p. 338.

⁸¹ A. F. Miot de Mérito, *Mémoires du comte Miot de Mérito, ancien ministre, ambassadeur, conseiller d'État et membre de l'Institut...*, París, Michel Lévy Frères, 1858, vol. III, p. 90.

⁸² Robert des Maisons, *Une pointe en Espagne, en Portugal et au Maroc (1868)*, Rouen, Léon Deshays, 1876, pp. 169 y 170.

⁸³ Lionel de la Laurencie, *España. Simples esquisses*, París, A. Lemerre, 1890, pp. 47, 54, 62 y 63.

⁸⁴ A. A. Lheureux/C. Furne, *op. cit.*, pp. 52 y 53.

⁸⁵ Étienne François de Lantier, *Voyage en Espagne du Chevalier Saint-Gervais, officier français...*, París, Arthus Bertrand, 1809, t. II, p. 259.

Reminiscencias árabes y recuerdos históricos abundan en escritores como Laurencie⁸⁶ o Davillier, quienes recuerdan cómo en su época de mayor esplendor Córdoba pudo ser llamada “la Atenas de Occidente”, “la nodriza de las ciencias y la cuna de los capitanes”; otros autores árabes la llamaban “la madre de las ciudades, el trono de los sultanes, el minarete de la piedad y de la devoción, el refugio de la tradición, la mansión de la magnificencia y de la elegancia”, con la pretensión de destacar el inmenso prestigio de esta ciudad, donde había más libros que en ninguna otra durante la Edad Media. También, recurren a palabras de autores árabes, que comparan Andalucía con un león, cuyo corazón sería Córdoba⁸⁷.

Africana y morisca aparece también a los ojos de viajeros como Lemesle⁸⁸, Lheureux⁸⁹ y Gautier: “Córdoba tiene un aspecto más africano que cualquier otra ciudad de Andalucía”⁹⁰. “Si Córdoba es profundamente cristiana en el corazón”, nos dirá Dory: “su fisonomía exterior es completamente morisca: estrechas calles, montuosas, cruzándose en todos los sentidos, verdadero laberinto”⁹¹.

Su carácter oriental lo destacan también Maisons y Poitou; si bien el primero cree que Córdoba “tiene como un perfume de su país original” y que “ofrece algún parecido con Damasco”⁹², para el segundo “ni El Cairo ni Damasco” pueden mostrar un monumento tan maravilloso como la Mezquita⁹³.

Para Jules Claretie es Andalucía la que se desvela en Córdoba, como un “Oriente suavizado”; encantado contempla la “ciudad abandonada, que parece haber dormitado durante siglos” y que comienza a despertar: “¡Qué silencio por todas partes y qué tristeza! Encerrada en sus altas murallas, Córdoba, la ciudad del Islam, parece asfixiarse bajo el rodillo católico. Ella es siempre la ciudad conquistada. Parece que los

⁸⁶ Laurencie, *op. cit.*, pp. 51.

⁸⁷ Davillier, *op. cit.*, p. 437.

⁸⁸ Lemesle, *op. cit.*, p. 37.

⁸⁹ A. A. Lheureux/C. Furne, *op. cit.*, p. 52.

⁹⁰ Gautier, *op. cit.*, pp. 307 y 308.

⁹¹ Dory, *op. cit.*, p. 89.

⁹² Maisons, *op. cit.*, p. 170.

⁹³ Poitou, *Voyage en Espagne*, Tours, Alfred Mame et Fils, 1869, p. 82.

moros la dejaron ayer, abandonando sus mansiones y sus templos a los infieles”⁹⁴.

André Tandonnet percibe silencio, blancura y muerte: “Es la muerte, pero en la mortaja más árabe, más africana de toda España”⁹⁵, y Rosseeuw encuentra melancolía y olor sepulcral⁹⁶. Según Poitou, a pesar de ser una ciudad muerta donde “la hierba crece en las calles silenciosas” y “la mitad de las casas parecen desiertas”, Córdoba ha conservado su fisonomía y la huella profunda de la civilización que en ella floreció⁹⁷. Tétrico panorama en el que Boileau respira un agradable perfume: “En esta ciudad muerta, blanca como un sudario, silenciosa como un cementerio, se respira por todas partes un penetrante olor a azahar”⁹⁸.

Lo mismo que en las pequeñas ciudades de Italia, Camille Mauclair tuvo la impresión “de un cadáver de piedra, de una ciudad acabada, muerta, fósil, la impresión muy triste de una grandeza caduca, un poco mancillada, descuidada, en descombros... En Córdoba, yo pensaba con fuerza que los verdaderos bárbaros, en la gran batalla de las Navas de Tolosa, no eran los moros sino los cristianos de 1212”⁹⁹. El viajero J. W. la compara con la ciudad italiana de Pisa: “Hoy, Córdoba es una ciudad muerta. Nada de movimiento en las calles ni comercio, el desierto, el silencio y el abandono como en Pisa”¹⁰⁰. También el duque de La Salle de Rochemaure es de la misma opinión:

¡Una impresión de silencio, de soledad, de vida desaparecida, lejana, en la perspectiva de los años! ¡Por todas partes fachadas sin edificios, monasterios deshabitados, templos deteriorados, ventanas abiertas por donde pasan los pájaros amigos de las grandes ruinas,

⁹⁴ Jules Claretie, *Journées de voyage. Espagne et France*, Paris, Alphonse Lemerre, 1870, pp. 279 y 280.

⁹⁵ Tandonnet, *op. cit.*, pp. 140 y 141.

⁹⁶ Rosseeuw Saint-Hilaire, *op. cit.*, pp. 117 y 118.

⁹⁷ Poitou, *op. cit.*, pp. 80 y 81.

⁹⁸ Boileau, *op. cit.*, p. 88.

⁹⁹ Camille Mauclair, *L'âpre et splendide Espagne*, Paris, Bernard Grasset, 1931, pp. 144 y 145.

¹⁰⁰ J. W., *Souvenirs de voyage. Espagne, Portugal, Maroc*, Malines, R. van Velsen, (1897), p. 22.

casuchas con fragmentos magníficos de mármol o de jaspe insertados en sus endeble murallas, una población inactiva, pobre, adormecida, una ciudad marcada por el estigma de una dolorosa decadencia material y moral!¹⁰¹

Para reflejar esa decadencia material y moral, Jules Salles y el barón Davillier recurren a la obra española *Recuerdos y bellezas de España*¹⁰².

De provinciana y presuntuosa la tilda el viajero que firma su libro con la letra X: “En la calle Gondomar, la gente te mira de arriba a abajo, te da con el codo toscamente y los mendigos y los eternos vendedores de billetes de lotería te acosan pegajosamente”¹⁰³.

Félix Henri nos dice que, a pesar de estar edificada y abierta de mala manera, es de bello aspecto al contemplarla “desde lejos elevarse en anfiteatro al pie de una de las cadenas de Sierra-Morena, a la entrada de una llanura, sobre la orilla derecha del Guadalquivir”¹⁰⁴.

Museo con silencio en sus calles para Maisons¹⁰⁵, Malengreau¹⁰⁶ y Porcher:

Conservada en parte tal como fue en tiempos de los omeyas, es un verdadero museo de todo un pasado de gloria y de belleza. Museo por todo lo que encierra de recuerdos, museo por el silencio de sus casas cerradas, museo por el recogimiento que invade el alma, mientras que recorremos sus calles solitarias... Córdoba es bella todavía, pues aún conserva su cielo azul, su claro sol, sus patios embalsamados, la grandeza de su soberbio río, sus jardines de naranjos y de rosas, la prodigiosa columnata de su Mezquita. Y los

¹⁰¹ Félix de La Salle de Rochemaure, *Impressions d'Espagne et de Portugal. Février-Mars 1905*, Aurillac, Impr. Moderne, 1905, p. 340.

¹⁰² Salles, *op. cit.*, p. 5; Davillier, *op. cit.*, p. 453; Pedro de Madrazo, *Recuerdos y bellezas de España... Córdoba*, Madrid, 1853, pp. 388 y 389.

¹⁰³ X y otros, *Les jeunes voyageurs par X*. Limoges, Ardant, 1872.

¹⁰⁴ Félix Henri, “Cordoue”, *La Semaine des familles*. N.º 2 (Samedi 14 octobre 1865), Paris, Jacques Lecoffre et Cie., pp. 24-26.

¹⁰⁵ Maisons, *op. cit.*, p. 171.

¹⁰⁶ Auguste Malengreau, *Voyage en Espagne et coup d'oeil sur l'état social, politique et matériel de ce pays*, Bruselas, Comptoir universel d'Imprimerie et de Librairie, 1866, p. 115.

siglos pasados han dado por añadidura a esta belleza un carácter de majestad melancólica¹⁰⁷.

Al contemplar el paisaje, algunos viajeros llegan a experimentar tan profunda emoción que lanzan piropos a nuestra ciudad. Así el médico Émile Bégin exclama:

Pero, ¡qué campo! ¡Qué gracia de ondulaciones en el último pliegue de la Sierra Morena, que viene a mezclar sus ramos perfumados con los ramos de casas agrupadas en la colina! Como un esposo fiel al lecho nupcial, el Guadalquivir acaricia aún, así como lo hacía en otros tiempos, a su ciudad bien amada¹⁰⁸.

No ha dejado de empobrecerse para Ernest Martinenche, quien piensa como Francisco de Quevedo: “Una gran plaza, calles estrechas, un obispo rico, mercaderes pobres, agujas y alfileres a profusión, un puente que se hunde, una muchedumbre inepta y un espíritu fino, Góngora. Si usted encuentra mejor, póngalo en la cola de mi soneto”¹⁰⁹.

Jean-Claude Péret la considera menos lujosa y orgullosa que Sevilla, pero con numerosas atracciones: “barrios pobres del mercado, con sus tascas sucias y de mala fama, luego las ricas urbanizaciones del centro con amplias avenidas, lujosos almacenes, inmensos cafés llenos de consumidores que beben granizadas, y finalmente y sobre todo el barrio de la Mezquita”¹¹⁰.

André Lamandé, en 1931, contrapone la ciudad antigua de la miseria y la moderna con las nuevas industrias:

Córdoba está compuesta de dos ciudades yuxtapuestas en un contraste brutal: una de pordiosería árabe, de calles estrechas y de sol; otra nueva, con casas altas y almacenes deslumbrantes. Aquella nos transporta diez siglos atrás; esta es hija de la electricidad, del plomo y del cobre de la Sierra Industrial y ya despersonalizada, ella ha arrancado a los harapientos en la pereza del Patio los Naran-

¹⁰⁷ Jacques Porcher, “Cordoue”, *À travers le monde*, n° 24 (17 de junio de 1899), Paris, Hachette, pp. 186 y 188.

¹⁰⁸ Émile Bégin, *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*, Paris, Bélin-Leprieur et Morizot, 1852, p. 440.

¹⁰⁹ Ernest Martinenche, *Propos d'Espagne*, Paris, Hachette et Cie., 1905, p. 44.

¹¹⁰ Jean-Claude Péret, *L'Espagne en fête*, [Paris], Société d'édition géographique et touristique, 1963, p. 97.

jos para arrojarlos a las fábricas, a la mina, llenarles los bolsillos de pesetas y mostrarles como perpetua luz y goce inagotable: el bar. Hasta la guerra ¿de qué vivían? De un poco sol y de una naranja. Estaban hundidos en la pobreza hasta el cuello...

Un día, la guerra, aspirando a todos los productos de España e inflando la peseta, les hizo comprender el valor del dinero. Se extrañaron primero que se les ofreciesen dos o tres pesetas por día para obligarlos a trabajar. En torno a ellos, edificios nuevos aportaban con sus ocho plantas, sus cervecerías y sus jazz, visiones de una vida de fiebre y de lujo. Poco a poco, gustaron allí y conocieron necesidades nuevas que solo el dinero permite satisfacer. Ganaron con ello y, de repente, envidiaron a los que ganaban cien veces más que ellos, y se pusieron a comparar, veinte veces al día, la sordidez de su antigua ciudad con la elegancia, el boato y los placeres de la nueva. Dos o tres pesetas no les bastaban ya y ganaron diez o doce. Desde aquel día, el espíritu revolucionario surgió en ellos. La Revolución es hija de la comparación. El complemento de la miseria sólo viene después. Es el caso de toda España¹¹¹.

Habitantes

El militar y científico Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent, influido por la opinión de Isidoro de Antillón, considera que los cordobeses “carecen de cortesía, de sociedad y de educación, y que la nobleza es del mismo estilo”¹¹². Esta opinión contrasta con la de Valérie Boissier, quien considera al cordobés discreto, educado y agradable, con la cortesía del “sangre azul”, tanto el hidalgo como en el campesino¹¹³.

El pueblo cordobés, según Jean Sermet, es “grave, silencioso, individualista, íntimamente concentrado en sí mismo, como lo son sus hijos más ilustres, Séneca, el Gran Capitán, Manolete”¹¹⁴.

¹¹¹ André Lamandé, *L'Espagne écartelée*, Paris, Éditions des Portiques, 1931, pp. 109 y 110.

¹¹² Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent, *Guide du voyageur en Espagne*, Paris, Louis Janet, 1823, p. 557.

¹¹³ Condesa de Gasparin (Valérie Boissier), *Andalousie et Portugal par l'auteur des Horizons Prochains*, Paris, Calmann Lévy, 1886, p. 41.

¹¹⁴ Jean Sermet, *L'Espagne du Sud*, Paris, Arthaud, 1953, p. 280.

El geógrafo Jean-Baptiste Eyriès, que tilda a los andaluces de aventureros, arrogantes y fanfarrones que hablan mucho de ellos mismos, cuando se refiere a Córdoba refleja la elegancia femenina: “visten bien y con gusto; como todas las andaluzas, están generalmente bien formadas, su piel es delicada, los rasgos de su rostro son finos, sus negros ojos llenos de fuego¹¹⁵. Garaudé considera que su formación la han conseguido fuera de la ciudad¹¹⁶.

Con respecto a la vestimenta, Frédéric Le Play observa gran similitud entre los trajes de novios que utilizaban los habitantes de la isla holandesa de Marken con los que él ve en los alrededores de Córdoba:

Para el novio, de un corto jubón y calzones de tela negra, medias de seda negra y botines con hebilla de plata; y para la chica, de un bonete de tela de Cambrai, en forma de mitra, de un gabán de tela negra, de un delantal negro, de medias de seda negra y de zapatos con hebilla de plata¹¹⁷.

Muy buen observador, el marqués de Custine, describe con detalle a los jinetes que cabalgan por la ciudad, así como el traje andaluz que visten con sus variantes, según la fantasía de quien lo lleva:

Tienen la tez lisa pero tostada, como el árabe, ojos penetrantes, talla esbelta; sus movimientos son vivos y ligeros, su traje es de una elegancia tanto más sorprendente en este singular país donde todo parece descuidado, menos la vestimenta. Su marcha es tan graciosa, tan libre como el garbo de sus corceles andaluces [...]

Un sombrero de fieltro gris en pilón cuyos bordes están levantados y tienen como adorno una orilla de terciopelo negro. La forma puntiaguda está igualmente rodeada de una faja de terciopelo negro; por un lado, en el borde del sombrero, se ve una pequeña borla de seda negra que emerge y se parece a una oscura escabiosa y que hace al sombrero pintoresco. La chaqueta redonda y corta es de terciopelo verde, con cordones de oro en los ojales, especie de

¹¹⁵ J. B. B. Eyriès, *L'Espagne ou costumes, moeurs et usages des Espagnols*, Paris, Librairie de Gide Fils, [1821], s. p.

¹¹⁶ Alexis de Garaudé, *L'Espagne en 1851...*, Paris, Dentu, 1852, p. 163.

¹¹⁷ Frédérick Le Play, *Les ouvriers européens: étude sur les travaux, la vie domestique et la condition morale...*, Tours, A. Mame et fils, 1877-1879 (2^e édition), t. 3, pp. 221 y 222.

brandeburgo acabados, no sin gracia, con un manojo de ceñidores de oro. El calzón es de piel blanca, con una trencilla verde imitando el bordado y aplicada en la costura exterior; en las jarreteras cuelgan nudos semejantes a la trencilla. Polainas de cuero amarillo, bordadas siempre con hilos de seda y abotonadas abajo y arriba de la pierna pero abiertas en el lugar de la pantorrilla, completan este traje que, totalmente brillante, con todo lo teatral que es, no extraña a nadie en Córdoba, pues el menor pequeño propietario, el hombre que puede vivir sin trabajar, o al menos trabajar sólo dos o tres días por semana, está vestido el resto del tiempo como el joven caballero cuyo atuendo le describo.

El caballo que este hombre montaba era un hermoso corcel andaluz, fiero y dulce: estos animales tienen algo del caballo árabe, pero son menos fogosos. Este tenía la cabeza y la crin adornadas de lazos color del traje de su dueño; una silla a la turca cuyos estribos eran, como en la Berbería, una especie de paletas cortantes que sirven de espuela al jinete¹¹⁸.

También refleja el miedo existente, en 1831, en los habitantes de la ciudad y la reclusión que soportan las mujeres, lo que excita su fantasía, imaginando su belleza y encanto:

La ciudad de Córdoba, no hace más que veinte años, pasaba por estar habitada por una nobleza rica y alegre, a la que le agradaba ostentar toda clase de lujo. Hoy, cada uno vive encerrado en su casa... cada uno teme ser llamado a responder de otro; se desearía vivir sólo y se acabará matándose de miedo a comprometerse. Tal es el efecto del terror mitad político, mitad religioso que reina en España¹¹⁹... Aquí las mujeres son seres raros, objetos preciosos guardados como el tesoro de un avaro... cuando ellas son bonitas, son encantadoras: tienen una delicadeza de rasgos particular, mucha presteza en los movimientos, una inspiración encantadora en su fisonomía; este conjunto tiene aquí un nombre que no existe en otra parte, se llama la sal española¹²⁰.

¹¹⁸ Custine, *op. cit.*, pp. 67-69.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 191.

¹²⁰ *Ibidem*, pp. 72 y 73.

Amédée Achard, cuando asiste a las corridas de toros, las destaca entre el resto de españolas:

Las más nobles andaluzas, las más seductoras mujeres de Córdoba y de Murcia, están sentadas en esos palcos, mostrando al pleno sol, que acaricia con sus rayos, sus brazos desnudos, sus manos blancas y lindas, sus largos cabellos, negros como la noche o rubios como el día¹²¹.

Igualmente, Dauchez se siente profundamente seducido por ellas, incluso más que por los monumentos:

¿Hay necesidad de decir que en este momento me trae sin cuidado la arquitectura, ya sea árabe o española? Lo que busco por todas partes, aquello por lo que siento curiosidad, a exclusión de cualquier otra cosa, es la señora, es la señorita... un ojo negro y brillante, una sedosa cabellera donde se abre el clavel o la flor roja del granado, una boca risueña con dientes resplandecientes de blancura y labios purpúreos, una mejilla morena o rosa... encantadores hombros sobre los que cae graciosamente la mantilla; recibo en pleno corazón la mirada que se me lanza por encima del abanico. ¿Cómo no tener fiebre, cómo no volverse loco, cómo no gritar alto que Córdoba es el paraíso terrestre?...¹²².

A la espera de que abran la Mezquita, Maurice Barrès descubre en las horas de la siesta el encanto seductor de la mujer cordobesa: “cada mujer nos asesina con una mirada y con una ondulación de sus mortíferas caderas”, en una ciudad donde se mezclan “leyendas romanas y moriscas”¹²³. Por su parte, Flat se siente observado por ojos femeninos: “En las terrazas de las casas, o bien sentadas en el centro de su patio, aparecen algunas mujeres que fijan en usted sus ojos lánguidos, ¡llenos de extrañeza y de misterio!”¹²⁴; mas será el ornato de sus cabellos lo que resalta Bazin: “Un pequeño goce surge de los piquetes de

¹²¹ Amédée Achard, *Un mois en Espagne (octobre 1846)*..., Paris, Bourdin, 1847, pp. 100 y 101.

¹²² Fernand Dauchez, *op. cit.*, pp. 210 y 212.

¹²³ Maurice Barrès, *Du sang, de la volupté et de la mort*, Paris, G. Charpentier et E. Fasquelle, 1894, pp. 124 y 125.

¹²⁴ Flat, *op. cit.*, p. 37.

flores que las mujeres colocan en sus cabellos: dos rosas, tres ramitas de clavel y, sobre todo, jazmín blanco¹²⁵.

A orillas del Guadalquivir queda seducido Porcher ante “mujeres de tez muy morena y de largos ojos negros” que le recuerdan a las orientales¹²⁶. Lugar también preferido por Robida, quien nos habla del animado ambiente que existía allí, donde “mujeres con faldas amarillas descendían en fila al Guadalquivir, llevando sobre su cabeza o apoyados en su cadera grandes cántaros panzudos”¹²⁷.

Situación económica

Pero ¿cómo ven los viajeros la situación económica que se vive en la ciudad? Bory de Saint-Vincent¹²⁸ y Laborde consideran la orfebrería como el principal comercio de Córdoba. Éste último afirma que “las platerías mantienen en el día su crédito, y sus obras son estimadas por su delicadeza, a la que pocas naciones pueden llegar”¹²⁹. Tanto este arte como el de los célebres cueros repujados de Córdoba serán objeto de estudio por parte del barón Davillier¹³⁰. Sobre los cordobanes, Belloc se limita a destacar su importancia histórica y los bellos ejemplares que se pueden encontrar en Francia¹³¹. Al preguntar por ellos a los habitantes de la ciudad, no obtienen respuesta ni Boileau¹³² ni el viajero que firma con las iniciales G. H., quien nos remite a los del castillo de Ferrières, en Seine-et Marne, o a los de la familia Rothschild¹³³. Así mismo, Louise Bourbonnaud descubre con gran

¹²⁵ René Bazin, *Terre d'Espagne*, Paris, Calmann Lévy, 1896 (4.^a ed.), p. 222.

¹²⁶ Porcher, *op. cit.*, pp. 186 y 187.

¹²⁷ Robida, *op. cit.*, p. 178.

¹²⁸ Bory de Saint-Vincent, *op. cit.*, p. 557.

¹²⁹ Laborde, *op. cit.*, p. 414.

¹³⁰ Jean Jacques Davillier, *Notes sur les cuirs de Cordoue, guadamaciles d'Espagne...*, Paris, A. Quantin, 1878; *Recherches sur l'Orfèvrerie en Espagne au Moyen Âge et à la Renaissance. Documents inédits tirés des archives espagnoles*, Paris, Quantin, 1879. De esta última obra ya ofrecimos una traducción de la parte que se refiere a Córdoba: F. Aguayo Egido, “La orfebrería cordobesa en la obra del barón Davillier”, *Boletín de la Sociedad de Plateros*, Córdoba, nº 23 (junio 2004) pp. 26-30 y nº 24 (enero-febrero 2006) pp. 36-38.

¹³¹ J. T. de Belloc, *L'Espagne et l'Andalousie*, Paris, René Haton, 1890, p. 132.

¹³² Boileau, *op. cit.*, p. 87.

¹³³ G. H., *op. cit.*, pp. 87 y 88.

extrañeza una procedencia parisina: “vi en esta ciudad un gran número de objetos fabricados con este cuero, pero me asombré mucho al saber que eran fabricados en París”¹³⁴. Incluso Auguste Bleton alude a otra procedencia austriaca: “buscábamos qué objetos podríamos llevar como recuerdos... Uno de nosotros se reservaba para la marroquinería de Córdoba: ¡vaya! todo lo que vemos en los escaparates es de fabricación austriaca”¹³⁵.

Según Dieulafoy fue una de las industrias que llevó el nombre de Córdoba por el universo. Severas ordenanzas de los Reyes Católicos le aseguraron un futuro fundado en el mérito y la probidad. Venecianos y franceses los copiaron e imitaron. En España, Sevilla, Valladolid y Ciudad Rodrigo intentaron conseguir la supremacía, pero tan sólo esta última ciudad consiguió destacar con sus “guantes de ámbar”, tan codiciados por las cortes de Europa en el siglo XVII. Tras siglos de prosperidad murió esta industria, de la que se conservaron bellos ejemplos en revestimientos de palacios, si bien la mayor parte de estas mansiones señoriales fueron incendiadas por los franceses durante el asedio de 1808-1809¹³⁶.

Georges Régнал nos informa que en Francia el cuero artístico fue resucitado y renovado por Ambroise Saint-André, consiguiendo un esplendor considerable a partir de 1896. Y aquí descubre una buena manera de ganarse la vida para la mujer, según le informa un maestro cordobés del cuero repujado¹³⁷.

El abogado Pierre-César Briand, en 1835, apuntaba “un pequeño número de manufacturas de cintas, de galones y de sombreros”¹³⁸. Veinte años después, nos lo confirma Latour: “una fábrica de sombreros del país, dirigida con mucho éxito por un francés inteligente”¹³⁹.

¹³⁴ Bourbonnaud, *op. cit.*, p. 69.

¹³⁵ Auguste Bleton, *Au delà des Pyrénées. Notes et impressions*, Lyon, Storck et Cie., 1899, p. 59.

¹³⁶ Jane Dieulafoy, “De Tolède à Grenade”, *Le Tour du Monde*, Nouvelle Série, n.º 49 (9 Diciembre 1905), pp. 623 y 624.

¹³⁷ Georges Régнал, *Comment la femme peut gagner sa vie*, Paris, J. Tallandier, 1908, pp. 201 y 202.

¹³⁸ Pierre-César Briand, *Les Petits voyageurs en Espagne et en Portugal, ou Description pittoresque de cette célèbre péninsule...*, Paris, P. Maumus, 1835, p. 243.

¹³⁹ Latour, *op. cit.*, p. 30.

La guía Lannau-Rolland de 1864 nos sigue mencionando fábricas de sombreros¹⁴⁰.

Un panorama económico algo más atractivo es el que nos ofrece Quétin, a mediados del XIX, con una “orfebrería muy activa y muy célebre, hilos muy finos y rebuscados, cueros que han recibido el nombre de Córdoba, vinos, aceite, naranjas y caballos, los más famosos de España”¹⁴¹.

Bégin alude, además, a nuestra carpintería que cuenta con los artistas más cualificados: “Los obreros, solamente con sus cueros llamados *cordobanes*, con la guarnicionería y la carpintería, rivalizan en inteligencia con los mejores obreros de las ciudades manufactureras. Pero, a medida que el comercio ha declinado, las facultades de los trabajadores han parecido embotarse”¹⁴².

Sin embargo, pesimista sobremanera es el retrato que nos ofrece Vignon que se queja de un “feroz odio al extranjero” de la ciudad, donde nadie trabaja¹⁴³.

A pesar de escaparates de joyería o de porcelana que Claretie descubre en el fondo de algunos patios, afirma que en realidad “la industria es pequeña y que la miseria es tenaz”¹⁴⁴. Visión que reitera Dory: “Nada de comercio ni de industria; las plazas están desiertas, la hierba crece entre los adoquines”¹⁴⁵. También Porcher ve mediocre la industria y poco activo el comercio, a pesar de que Córdoba conserva su belleza¹⁴⁶.

El 20 de febrero de 1880, Charles de Franciosi, en una carta enviada desde Córdoba menciona una fábrica de plomo:

Es un establecimiento que pertenece al Cónsul inglés y que se trata allí el mineral de plomo. Y como se dieron cuenta de que ese plo-

¹⁴⁰ A. Lannau-Rolland, *Nouveau guide général du voyageur en Espagne et en Portugal...*, Paris, Garnier Frères, 1864, p. 551.

¹⁴¹ Quétin, *op. cit.*, p. 392.

¹⁴² Bégin, *op. cit.*, p. 447.

¹⁴³ Claude Vignon, *Vingt jours en Espagne*, Paris, Monnier et Cie., 1885, p. 61.

¹⁴⁴ Claretie, *op. cit.*, p. 279.

¹⁴⁵ Dory, *op. cit.*, p. 88.

¹⁴⁶ Porcher, *op. cit.*, p. 188.

mo contenía una buena proporción de plata, habían montado talleres de afinación.

¿Qué hace el Gobierno? Castiga la fabricación con un enorme impuesto, no había más que pérdidas. El industrial cesa la afinación, despide a sus obreros, lo que causa casi un motín en Córdoba y expide en lo sucesivo su plomo bruto a Inglaterra¹⁴⁷.

Este mismo viajero deja constancia de cómo los ricos caldos montillanos están sirviendo para fabricar algunos vinos franceses:

Tomamos un nuevo compañero de ruta, es un vendedor de vinos de Cette¹⁴⁸ que dentro de unas horas se parará en Montilla, donde comprará buen vino del país a cincuenta céntimos el litro. Este servirá para fabricar en Cette un *Sauterne* auténtico, con los precios suaves¹⁴⁹.

Parece ser que, a finales del XIX, proliferaban los fotógrafos en la ciudad. Así nos lo hace saber el coronel Fleury: “De la vida de Córdoba no he visto mucho; la ciudad actual, que se ha vuelto sin interés, está desierta y abandonada. En la única calle frecuentada hay albergues, fotógrafos, y más fotógrafos. La fotografía me ha parecido la única industria del lugar”¹⁵⁰.

Fernand Potier de la Morandière le escribe cartas a una amiga en su diario de viaje, haciéndole saber que le resulta difícil encontrar botones antiguos y baratijas, pero que le ha comprado bellos alfileres de moño, “que se fabrican en Córdoba y que no carecen de estilo...”¹⁵¹

Curiosamente, Charles Graux tiene elogios para los barberos, los serenos y la policía¹⁵². Lo que nos trae al recuerdo aquel párrafo que escribe Gautier al abandonar nuestra ciudad:

La única diversión que puede tomarse allí un extranjero es ir a bañarse al Guadalquivir, o ir a afeitarse en una de las numerosas bar-

¹⁴⁷ Franciosi, *op. cit.*, pp. 126 y 127.

¹⁴⁸ Se refiere a Sète, localidad costera del Sur de Francia, entre Montpellier y Béziers.

¹⁴⁹ Franciosi, *op. cit.*, p. 186.

¹⁵⁰ Fleury, *op. cit.*, p. 165.

¹⁵¹ Potier de La Morandière, *op. cit.*, p. 69.

¹⁵² Graux, *op. cit.*, p. 338.

berías que hay en las proximidades de la Mezquita, operación que realiza con mucha habilidad, valiéndose de una navaja de afeitar enorme, un barberillo encaramado en el respaldo de un gran sillón de roble en el que os hacen sentar¹⁵³.

También en los alrededores de la Catedral, Robida descubre numerosas tiendas de zapateros¹⁵⁴.

En 1953, Jean Sermet augura lo que la industria Carbonell y la construcción de pantanos pueden suponer para un resurgimiento económico:

Sus industrias rurales le aseguran un gran movimiento comercial. Basta ver, en el corazón de la ciudad, el palacio de la Casa Carbonell para comprender la importancia tomada aquí, como en Jerez, por la viticultura: los Carbonell son los Domecq de Córdoba interesados tanto por el aceite de oliva como por la viña. Y he aquí que la edificación de los grandes pantanos de Sierra Morena permite entrever para Córdoba un futuro en que los ingenieros modernos utilizarán la abundancia del fluido eléctrico para la transformación de los productos agrícolas de las Campiñas, multiplicados por el acrecentamiento de los riegos¹⁵⁵.

En 1963, el crítico de arte Paul Guinard descubre “La nueva Córdoba, en pleno renacimiento con poderosas industrias agrícolas, nacidas del aceite y del vino, así como electromecánicas (ella supera hoy los 200000 habitantes) afortunadamente se ha desarrollado al margen de la ciudad histórica”¹⁵⁶.

Cuatro años más tarde, Bernard Hennequin la considera como la capital del campo andaluz, donde “afluyen el grano, la oliva y la uva que se tratan aquí y se distribuyen a través de buena parte de España”¹⁵⁷.

¹⁵³ Gautier, *op. cit.*, p. 316. También Robida confirma esta abundancia de peluquerías en los aledaños de la Mezquita en *op. cit.*, p. 172.

¹⁵⁴ Robida, *op. cit.*, p. 172.

¹⁵⁵ Jean Sermet, *L'Espagne du Sud*, Paris, Arthaud, 1953, p. 281.

¹⁵⁶ Paul Guinard, *L'Espagne*, Paris, Presses Universitaires de France, 1963, p. 72.

¹⁵⁷ Bernard Hennequin, *Andalousie...*, [Paris], Horizons de France, 1967, p. 161.

La Mezquita-Catedral

En los relatos de viajeros franceses de los siglos XIX y XX encontramos referencias a casi todos los monumentos de la ciudad, si bien el que muy pocos olvidan será la Mezquita-Catedral.

Manuel Nieto Cumplido nos refiere en su obra *La Catedral de Córdoba* que, a pesar de que los viajeros de los siglos XVII y XVIII nos ofrecen textos sobre la Mezquita de escaso valor informativo, por recurrir a los escritos de Gayangos, José Antonio Conde y Ambrosio de Morales, la labor de los arabistas permitiría que Charles Davillier en 1862, pudiese conseguir “un esbozo histórico-artístico del edificio muy aceptable, cercano ya a la investigación científica que arrancaría de estos mismos años”¹⁵⁸. Posteriormente, en *La Mezquita de Córdoba, joya bizantina*, el canónigo cordobés recurre al viajero francés Philibert-Joseph Girault de Prangey, que tuvo el mérito de llevar a cabo un acercamiento formal y comparativo del monumento, elaborando una extensa cronología de la arquitectura islámica, definiendo sus trazas con textos y dibujos, así como recopilando manuscritos y obras históricas¹⁵⁹.

Ya el acceso a la Mezquita-Catedral, es decir el Patio de los Naranjos, sorprende a muchos viajeros, quienes lo consideran además un lugar sagrado. El coleccionista de arte Jean Charles Davillier toma de Antonio Ponz aquella anécdota del grupo de toreros cordobeses que llega a la posada de un pueblo de Teruel y, al entrar, gritan todos a la vez “¡Alabado sea el Patio de los Naranjos!”¹⁶⁰

El abate Lucien Vigneron se deshace en elogios recurriendo a una cita del cronista parisino Jules Claretie: “Nos sentimos llenos, arrebatados. Es el sueño. He aquí el sueño de Oriente, la beatitud perezosa, musical y perfumada. Los frutos de oro resplandecen en los verdes

¹⁵⁸ M. Nieto Cumplido, *La Catedral de Córdoba*, Córdoba, Obra Social y Cultural de Cajasur, 1998, pp. 325 y 326; Jean Charles Davillier, *L’Espagne...*, pp. 441-450.

¹⁵⁹ M. Nieto Cumplido, *La Mezquita de Córdoba, joya bizantina*, Córdoba, Cabildo Catedral y Obispado de Córdoba, 2016, p. 19. El autor tuvo la deferencia de invitarme para la traducción al español de las páginas que Girault de Prangey dedicó a la Mezquita; Girault de Prangey, *Essai sur l’architecture des arabes et de mores en Espagne, en Sicile et en Barbarie*, Paris, A. Hauser, 1841.

¹⁶⁰ Davillier, *L’Espagne...*, pp. 438 y 441.

árboles. Hay que recogerse, detenerse, entregarse a ese bienestar dichoso”¹⁶¹.

Fabuloso patio con el que han soñado sin encontrarlo pintores como Granet y Boston, dirá Roger de Beauvoir, a quien es lo que más le ha gustado en Córdoba después de la Mezquita. Allí se pasean “hombres con capa, con el cigarrillo en la boca y el libro de horas bajo el brazo”, mientras que las mujeres lo atraviesan para dirigirse a la catedral¹⁶².

Lugar también de los más frecuentados por la sociedad cordobesa, según los viajeros Féréal y Cuendias:

Monjes, clérigos, gente de la justicia, mujeres de la alta sociedad, costureras, obreros, elegantes y leones, nadie faltará allí... Es día de procesión; esas chicas, vestidas de blanco, van a formarse en dos filas; forman parte de la cofradía del Rosario... Las viejas marchan en cabeza, y llevan la bandera; las jóvenes vienen después, y hacen oír sus cantos de serafines; a continuación, las pequeñas...¹⁶³

Para el sacerdote periodista Alphonse Cordier es uno de los lugares más deliciosos que ha visto en España. En ese “vestíbulo del paraíso”, la mezcla de los perfumes de las flores, del incienso y de la cera virgen le hacen soñar al mismo tiempo con la tierra y con el cielo¹⁶⁴. Colores y perfumes que también le producen al pintor Jules Salles un estado de embriaguez que compara con el que experimentan los orientales al fumar el hachís¹⁶⁵.

Al hablarnos de la torre de la Catedral, Vérax nos refiere un crimen que se cometió en aquel lugar:

Nos informan de que, en esa torre, hace pocos años, un inglés dejó en el sitio a un gitano, que le seguía, a la búsqueda de un óbolo. Los brillantes ojos del pobre, su cabello erizado, sus gestos como

¹⁶¹ Claretie, *op. cit.*, pp. 281 y 282; Lucien Vignerón, *À travers l’Espagne et le Portugal (notes et impressions)...*, París, Delhomme et Brigue, 1883, pp. 231 y 232.

¹⁶² Roger de Beauvoir, *La porte du soleil*, París, Dumont, 1844, t. I, pp. 116-118.

¹⁶³ Victor Féréal y Manuel de Cuendias, *op. cit.*, pp. 325-327.

¹⁶⁴ Cordier, *op. cit.*, p. 307.

¹⁶⁵ Salles, *op. cit.*, pp. 8 y 9.

aspas de molino, habían aterrorizado al inglés que vio peligrar su vida, y colocó una bala en el occipucio del desgraciado¹⁶⁶.

Así mismo, Émile Bégin observa en el patio tanto a pobres harapientos como a clérigos y a damas con mantilla¹⁶⁷. Visión totalmente desagradable es la del arquitecto Gustave Clause:se:

Mujeres jóvenes vienen continuamente a tomar agua de las fuentes, que llevan en cántaros colocados graciosamente sobre la cadera. Viejos de toda clase, hombres o mujeres, permanecen en las galerías, buscando la sombra o el sol, según la estación; algunos parecen degustar las dulzuras de un inmutable *far niente*; otros, y son el mayor número, dejan pasar la miseria envueltos en andrajos sordidos; repelentes, muestran las llagas más inmundas y persiguen al desgraciado extranjero con miradas de buitre y palabras de invectiva que murmuran entre sus dientes. Si uno se atreve a levantar los ojos y a detenerse en su huida, tiene generalmente ante usted un soberbio tipo de vieja canalla, al que no le falta más que un trabuco o una escopeta para estar completo; las mujeres son simplemente repugnantes¹⁶⁸.

También Jacques Porcher experimenta el acoso de los mendigos que merodean en torno a la Mezquita-Catedral: “Mi impasibilidad no les desanima, y es escoltado por esta troupe piojosa como llego ante la Mezquita. Allí, por suerte, un agente de policía se da cuenta de mi problema: avanza hacia la banda, que huye como un vuelo de gorriónes”¹⁶⁹.

William Fleury se queja del “sacrilegio” que se ha cometido al impedir que “los olores embriagadores de las flores y la gran luz” puedan penetrar en la Mezquita. Y el patio “ya no es más que un jar-

¹⁶⁶ Vérax, *À travers l'Espagne. Notes et impressions*, Neufchâtel-en-Bray, Imprimerie de Th. Duval, 1889, p. 76.

¹⁶⁷ Émile Bégin, *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*, Paris, Bélin-Leprieur et Morizot, 1852, pp. 443 y 444.

¹⁶⁸ Gustave Clause:se, *Espagne. Portugal. Notes historiques et artistiques sur les Villes principales de la Péninsule ibérique par Gustave Clause:se, Membre de la Société Centrale des Architectes*, Paris, Librairie de l'Art, 1889, pp. 151 y 152.

¹⁶⁹ Porcher, *op. cit.*, p. 187.

dincillo donde juegan los niños, donde duermen a la sombra de los viejos árboles los perezosos de Córdoba”¹⁷⁰.

Henri Guerlin lo ve como “el rincón más encantador con que puede soñar un poeta” donde “grupos de mujeres jóvenes y ancianas rodean las fuentes, charlan alegremente mientras llenan sus cántaros”¹⁷¹.

En lo alto del campanario, Pierre Dominique divisa a “una mujer, con la flor en los cabellos, flor viva ella misma, iba y venía a una especie de pequeño alojamiento de sacristán o de campanero”. Y por el patio a “paseantes ociosos, chicos, sacerdotes que fumaban y charlaban a la sombra de un naranjo ante una gran mesa de madera. Los niños iban descalzos, varios hombres extendidos a todo su largo sobre el suelo, con las espaldas en el muro y con las piernas noblemente cruzadas; un gran silencio reinaba, solamente atravesado por ruidos precisos, de una risa, de una llamada o de un canto”¹⁷².

Con frecuencia, a la hora de escribir sobre la Mezquita-Catedral, algunos viajeros recurren a lo escrito anteriormente por otros. Así H. de Laborderie toma de Gautier, de René Bazin y de Paul Jousset¹⁷³. Mas son numerosos los que citan a Théophile Gautier. A finales del siglo XIX, Ulbach llega a escribir que él “sigue siendo el cicerone de este edificio único en el mundo”¹⁷⁴ y Graux informa que, por entonces, es de los autores franceses más traducidos al español¹⁷⁵.

De esta manera explicaba Gautier lo que sentía ante la percepción de la Mezquita-Catedral:

La impresión que se experimenta al entrar en aquel antiguo santuario del islamismo es indefinible, y no tiene relación alguna con las emociones que ordinariamente produce la arquitectura: os parece más bien marchar por un bosque techado más bien que por un edificio; de cualquier lado que uno se vuelva, la vista se pierde a

¹⁷⁰ Fleury, *op. cit.*, p. 164.

¹⁷¹ Henri Guerlin, *Espagne. Impressions de voyage et d'art*, Tours, Alfred Mame et fils, 1907, pp. 88 y 89.

¹⁷² Pierre Dominique, *Marche, Espagne*, Paris, Librairie Valois, 1931, pp. 148 y 149.

¹⁷³ H. de Laborderie, *L'Espagne. Tanger*, Limoges, Tourisme et Culture P.T.T., 1953, pp. 91-93.

¹⁷⁴ Ulbach, *op. cit.*, p. 156.

¹⁷⁵ Graux, *op. cit.*, p. 333.

través de las avenidas de columnas que se cruzan y se alargan hasta perderse de vista, como una vegetación de mármol espontáneamente surgida del suelo; la misteriosa semioscuridad que reina en aquel bosque contribuye más a la ilusión. Se cuentan diecinueve naves en sentido latitudinal, y treinta y seis en el otro sentido; pero la abertura de los arcos transversales es mucho menor. Forman cada nave dos hileras de arcos superpuestos, de los cuales algunos se cruzan y se entrelazan como cintas, y producen el efecto más extraño. Las columnas, todas de una pieza, no tienen más de diez a doce pies hasta el capitel, de un corintio árabe lleno de fuerza y de elegancia, que recuerda más bien la palmera de África que el acanto de Grecia. Son de mármoles raros, de pórfido, de jaspe, de vetas verde y violeta, y de otras materias preciosas; incluso hay algunas antiguas y que proceden, según dicen, de las ruinas de un antiguo templo de Jano. Así pues, tres religiones han celebrado sus ritos en aquel sitio. De estas tres religiones, una desapareció para siempre en el abismo del pasado con la civilización que representaba; la otra fue rechazada fuera de Europa, donde sólo le queda un pie, hasta el fondo de la barbarie oriental; la tercera, después de haber alcanzado su apogeo, minada por el espíritu de investigación, se debilitó de día en día, incluso en los mismos países en que reinaba como soberana absoluta; y quizá la antigua Mezquita de Abderramán durará todavía bastante para ver una cuarta creencia instalarse bajo sus arcos, y celebrar con otras formas y otros cánticos al nuevo Dios, o, mejor dicho, al nuevo profeta, pues Dios no cambia nunca¹⁷⁶.

Para Custine es un edificio singular, y las impresiones que provoca son análogas a las de los cuentos de *Las mil y una noches*:

He visto bastantes monumentos y ninguno me ha parecido tan singular como éste... En presencia de un monumento tan extraño es natural que la historia absorba el pensamiento y que el arte sea olvidado. El placer que experimentamos se debe a la reflexión más aún que a la imaginación. Lo que se ve es el resultado de una confusión de siglos, de religiones y de pueblos de la que creo que no hay otro ejemplo en el mundo...

¹⁷⁶ Gautier, *op. cit.*, pp. 311 y 312.

Es de todos los templos que he visto y creo que de todos los del mundo, aquel cuyo aspecto despierta en el alma las impresiones más análogas a las de la naturaleza, pero naturaleza de hadas, de genios, naturaleza de *Las mil y una noches*¹⁷⁷.

Para Augustin Challamel la Mezquita-Catedral es como un libro: “Es toda la historia religiosa de España, desde los tiempos más remotos”. Allí asiste a una misa que le va a servir tanto para conocer las costumbres de los fieles como para hacer algunas reflexiones sobre el catolicismo en España, aquí mezclado con lo oriental. Ve hombres y mujeres arrodillados o sentados sobre aquellas esterillas al estilo oriental, otros personajes que conversan, escupen, tosen, pasean o miran a las mujeres; perros que entran a las iglesias; un sacerdote que lee y habla excesivamente deprisa; el órgano que interpreta aires poco religiosos... Sólo encuentra devoción en un soldado de la Guerra de la Independencia, que hace penitencia por haber apuñalado a un oficial francés¹⁷⁸.

Joseph Lavallée contempla el monumento con sentimientos de sorpresa y asombro:

Nada puede causar más sorpresa que la primera mirada al interior de la Mezquita. Es un inmenso laberinto de columnas de todos los colores. [...] Es bastante difícil hacer comprender la impresión de asombro que se experimenta cuando nos situamos en los lugares de la iglesia desde donde se pueden divisar las naves que se cortan en ángulo recto. Pero la vista es quizá aún más extraordinaria cuando se observan, en una dirección oblicua, esas avenidas de arcos y columnas¹⁷⁹.

Roger de Beauvoir describe la preparación para la misa del Día de Difuntos: “una fila de ataúdes y de sarcófagos de todas dimensiones; eran de madera negra y estaban colocados sobre dos caballetes; había nombres y fechas sobre cada uno de aquellos féretros”. Sobre uno aparecía el nombre de Dolorita. El sacristán le informa de la trágica historia de aquella niña, hija de un fabricante de sombreros¹⁸⁰.

¹⁷⁷ Custine, *op. cit.*, pp. 41, 42 y 44.

¹⁷⁸ Augustin Challamel, *Un été en Espagne*, París, Challamel, 1843, pp. 127-132.

¹⁷⁹ Joseph Lavallée, *Espagne...*, Paris, Firmin Didot frères, 1844, p. 157.

¹⁸⁰ Beauvoir, *op. cit.*, pp. 112-114.

Féréal y Cuendias renuncian a presentar una descripción de la Mezquita-Catedral; pero nos remiten a las planchas del barón Taylor y de Villa-Amil y citan a los cronistas árabes¹⁸¹.

Por otra parte, vemos inquietudes arqueológicas en el conde Miot de Mérito quien, antes de acceder al interior de la catedral, se detiene para transcribimos las inscripciones que observa en las columnas miliarias que hay en las dos puertas de entrada, una de la época de Augusto y otra de la de Tiberio¹⁸².

Mas hay quienes aprovechan su relato de la visita para llevar a cabo una defensa del catolicismo frente al Islam, como el abate Léon Godard quien, tras hablar de los mártires de la época de dominación musulmana, admira el coro en sus elogios a la Mezquita, la que le resulta “incomparable, porque es en su género un monumento que puede considerarse único”, al mismo tiempo que nos recuerda “que los primeros califas de España llamaban de Oriente a los obreros griegos y echaban mano de los judíos y de los cristianos sometidos, más avanzados que los musulmanes en el conocimiento de las ciencias y de las artes”¹⁸³.

Otro sacerdote, Victor Postel, si bien no descuida en su obra otros importantes aspectos de la Mezquita-Catedral, sin embargo va a ser él quien establezca la comparación de sus dimensiones con los más importantes templos de la cristiandad (París, Roma, Londres, Florencia y Sevilla), pues “en cuanto a la grandeza del edificio, es también prodigiosa”¹⁸⁴.

Maisons sentirá una impresión similar a la que se experimenta cuando se paseaba durante el estío bajo el frondoso verdor del bosque normando de La Londe. Mas le molesta la mezcla de las tres religiones que existe en el célebre edificio, y establece una comparación con la pintura *Palingénesis social* de Paul Chenavard: “base pagana, columnas y muros petrificados con todas las creencias y todos los errores... Me desagradea ver tratar de la misma manera a Júpiter, a Mahoma y a Jesús”¹⁸⁵.

¹⁸¹ Victor Féréal y Manuel de Cuendias, *op. cit.*, p. 322.

¹⁸² Mérito, *op. cit.*, pp. 91 y 92.

¹⁸³ Godard, *op. cit.*, pp. 198, 199, 204 y 205.

¹⁸⁴ Postel, *op. cit.*, pp. 163 y 164.

¹⁸⁵ Maisons, *op. cit.*, pp. 175-177.

La marquesa Marie Létizia de Rute no se cansa de contemplar ese mágico lugar, que le produce una ceguera inenarrable con su calidoscopio de múltiples colores: “He visitado cinco veces la Mezquita; hubiera vuelto allí cien y no hubiera sacado una idea más clara. Es una ceguera inenarrable, una orgía de puntos azulados, verdes, rosas, dorados, luminosos; es un calidoscopio continuo, que cambia a cada instante de color y de aspecto”¹⁸⁶.

Una extraña sensación experimenta el conde de Gironde que le transporta a “un mundo desconocido y misterioso como la divinidad”, diferente al de las catedrales góticas que elevan el pensamiento al cielo y lo purifican “en esa atmósfera moral un poco triste que caracteriza bien el dúo pensativo, casi inmaterial, de san Agustín y santa Mónica, en el famoso cuadro de Ary Scheffer”; pero “el árabe vivía más cerca que nosotros de la naturaleza”¹⁸⁷.

Para Ernest Martinenche “es la más deliciosa fantasía la que primero deslumbra a sus ojos... Un elegante laberinto donde, a cada paso, se abren caminos y te llevan en nuevas direcciones... ¿El atractivo de la Mezquita? Está en la disposición de las columnas, y está codificado en el entrecruzamiento de los arcos. Ese es el secreto”¹⁸⁸.

Camille Mauclair afirma: “Hoy como entonces [siglo XVI], para todo cordobés, la catedral no existe: no hay nada más que la mezquita, la joya de la ciudad, y no la indican sino con este nombre al turista que pregunta por su camino”¹⁸⁹.

Al hablar de las tumbas, Jane Dieulafoy¹⁹⁰, E. Breton¹⁹¹ y Blanc Saint-Hilaire¹⁹² copian a Davillier¹⁹³, ubicando en la catedral la tumba de Isidra María Quintina de Guzmán y la Cerda, la Doctora de

¹⁸⁶ Marie Létizia de Rute, *op. cit.*, p. 622.

¹⁸⁷ Gironde, *op. cit.*, pp. 55 y 56.

¹⁸⁸ Martinenche, *op. cit.*, pp. 34-36.

¹⁸⁹ Mauclair, *op. cit.*, p. 140.

¹⁹⁰ Dieulafoy, *op. cit.*, p. 624.

¹⁹¹ E. Breton, “La Mosquée de Cordoue. Fragment d’un voyage en Espagne. 1872”, *L’Investigateur. Journal de la Société des Études Historiques*, (Janvier-Février 1873), n.º 1, p. 15 y 16.

¹⁹² M. J. Blanc Saint-Hilaire, *L’Espagne Monumentale et pittoresque*, Paris, Victor Retaux & Fils, 1894, p. 251.

¹⁹³ Davillier, *L’Espagne...*, Paris, Hachette, 1874, p. 449.

Alcalá, cuando en realidad fue sepultada en la parroquia de Santa Marina.

Jacques Watelin se fija en la Capilla Real, bello ejemplo del arte mudéjar:

Quiero insistir aún sobre la capilla de los Trastámara, donde no se puede acceder a falta de escalera. Los guías descuidan, injustificadamente, atraer la atención de los turistas sobre su decorado; esta fusión de los artes cristiano y musulmán es, sin embargo, el más bello ejemplo en toda España de un arte mudéjar muy puro. Las armas de Castilla, los dos leones heráldicos y los recuadros forman un conjunto de un carácter impresionante. La cúpula, bastante bien restaurada, donde el azul y el oro se combinan armoniosamente como en las decoraciones persas, es sin igual. El suelo de esta capilla fue sobrealzado, para colocar debajo los restos de Alfonso XI y de Fernando IV, transferidos posteriormente a la colegial de San Hipólito¹⁹⁴.

Cuando Maurice Bastian, en 1968, se aproxima al monumento, escucha la música alegre y entrecortada de un organillo: “Un hombre mayor giraba la manivela mientras que una gitana vieja con una sola pierna, con una muleta bajo el brazo, tendía la escudilla. Varias veces nos los encontramos en la Judería”¹⁹⁵.

La mayor parte de viajeros franceses expresan sus quejas por la construcción de la catedral cristiana en el centro de la Mezquita y comentan la autorización de Carlos V al cabildo y la oposición del Ayuntamiento. Es frecuente también entre los viajeros la alusión al coro de la Catedral como “verruga arquitectónica”, tal como lo había calificado Théophile Gautier: “Retablos, capillas, sacristías estorban y destruyen la simetría general. Esta iglesia parásita, monstruosa seta de piedra, verruga arquitectónica crecida en la espalda del edificio árabe, fue construida según los planos de Hernán Ruiz, y no deja de tener mérito en sí misma; en cualquier otra parte se la admiraría, pero es una lástima que ocupe aquel sitio”¹⁹⁶.

¹⁹⁴ Watelin, *op. cit.*, p. 134.

¹⁹⁵ Maurice Bastian, *Un voyage en Espagne*, Genève, imp. Kunding, 1968, p. 104.

¹⁹⁶ Gautier, *op. cit.*, pp. 313.

Así mismo, André Tandonnet ejerce una severa crítica contra los que defendieron la construcción: “estamos tan desolados por este contrasentido imperdonable, con esta mutilación de un monumento único en el mundo, que los méritos de detalle se pierden en el resentimiento contra el odioso conjunto”¹⁹⁷.

Para Jacques de Lacretelle, el cabildo de Córdoba “revienta la maravilla herética e instala en medio un gran altar mayor de estilo barroco”. Si bien esa arquitectura es favorable para la exaltación mística, sin embargo es monstruosa: “Es un monstruo, este santuario, un verdadero monstruo enjaulado entre las columnas y que forcejea con contorsiones y muecas. Y cuando digo monstruo, no me alejo del juicio artístico, pues esta obra pertenece, con sus furiosas volutas y sus cataratas de ornamentos, a ese estilo italiano que imperó bajo Carlos V, y al que los españoles llaman monstruoso...”¹⁹⁸

Charles Graux trata de “bárbaros” a los canónigos del siglo XVI. En su crítica también incluye al cabildo decimonónico, por las dificultades que le impuso para acceder a la biblioteca de la Catedral cordobesa¹⁹⁹. Menos afortunados serían el canónigo Fernand Potier y su compañero Ulysse Chevalier, en su búsqueda de breviarios y misales desconocidos, pues no pudieron acceder a los archivos del cabildo, a pesar de las gestiones del agente consular de Francia, José Sánchez Muñoz²⁰⁰.

Pero también hay quienes se manifiestan a favor de la construcción de la Catedral en el centro de la Mezquita. Como Henri Guerlin quien afirma que: “Cualquiera que sean los perjuicios de los restauradores, aún tenemos que felicitarnos por poseer esta mezquita casi completa. A menudo se ha incriminado demasiado a los católicos de vandalismo. Si la Iglesia no la hubiera adoptado, la mezquita de Córdoba probablemente habría sido derribada”²⁰¹. Incluso para Saint-Victor: “Nada más bello que esta obra maestra del estilo gótico flamígero”²⁰².

¹⁹⁷ Tandonnet, *op. cit.*, pp. 156-160.

¹⁹⁸ Jacques de Lacretelle, *Lettres espagnoles*, Paris, Gallimard, Éditions de la Nouvelle Revue Française, 1927, pp. 188-191.

¹⁹⁹ Graux, *op. cit.* pp. 339-347.

²⁰⁰ Chevalier, *op. cit.*, pp. 3-6 y 25-26.

²⁰¹ Guerlin, *op. cit.*, p. 90.

²⁰² Saint Victor, *op. cit.*, pp. 65 y 66.

El clérigo Charles Dory tiene elogios tanto para la parte musulmana como para la cristiana: “Es digna de admiración en todos los aspectos, y los autores la consideran con razón como una obra de arte del Renacimiento”. Dice que los cordobeses opinan que “si la Mezquita no se hubiera transformado en Catedral, el tiempo ya hubiera dado cuenta de ella como de los otros monumentos árabes”²⁰³.

Mas será, sobre todo, ante el mihrab donde la mayor parte de los viajeros franceses quedarán deslumbrados. La escultora Noémie Cadot lo considera artísticamente superior a todo lo que había visto en Toledo, Sevilla o Granada: “La Roma de los Antoninos no dejó nada más perfecto”. Sus mosaicos de vidrio “son de un trabajo bastante más fino que los mosaicos bizantinos de Roma y de Venecia”²⁰⁴.

Con el mismo criterio Clausse se extiende describiendo el mihrab, para finalizar con una serie de elogios dignos de tan maravilloso lugar, “más sorprendente, más seriamente bello, más armonioso en sus coloraciones, más puro en sus líneas que lo que nunca se hizo en Roma, en Venecia o en Rávena. Es imposible describir y comunicar la soberana belleza de esta joya arquitectónica”²⁰⁵.

Si bien la Mezquita, a Potier de la Morandière, le produce una impresión viva y aguda, aunque no completamente agradable, es ante el mihrab donde se emociona por su perfección y armonía: “Es una joya sin precio que se gira y vuelve a girar bajo todas sus caras”²⁰⁶.

Patios

A pesar de la importancia que la mayor parte de viajeros conceden a la Mezquita-Catedral, sin embargo hay quienes reservan esta prioridad a los patios, como es el caso de Albert Robida:

Hay patios en todas partes, en Toledo, en Sevilla, y en todo el Sur, pero en ningún lugar pueden ser tan bonitos, tan floridos como en este trozo de Oriente que se llama Córdoba. ¡Oh ciudad de los califas! ¡Aunque partiéramos sin haber visto tu mezquita, ni ninguno

²⁰³ Dory, *op. cit.*, pp. 93 y 94.

²⁰⁴ Vignon, *op. cit.*, pp. 59 y 60.

²⁰⁵ Clausse, *op. cit.*, pp. 156 y 157.

²⁰⁶ Potier de La Morandière, *op. cit.*, p. 28.

de tus monumentos, nos quedaría siempre de ti una viva y luminosa impresión, el recuerdo de tus mil patios!²⁰⁷

Los relatos conceden un destacado lugar a los patios, que ensalzan a Córdoba incluso en los momentos de su decadencia. Así lo expresa Lucien Boileau: “En esta ciudad muerta, blanca como un sudario y silenciosa como un cementerio, se respira por todas partes un penetrante olor de flores azahar. Este olor es exhalado por todos los patios”²⁰⁸.

Su carácter conventual, coqueto y oriental, llama la atención de Fernand Potier de La Morandière, algo muy diferente de lo que hasta entonces había visto²⁰⁹.

Pero ¿qué es un patio?, se pregunta Marie Létizia de Rute, e intenta dar una respuesta adecuada:

Los patios son para mí el gran encanto de Andalucía. ¡Un patio! ¿Cómo describir un patio? ¿Es un corral? ¿Es un salón? ¿Es un camarín? ¿Es un gabinete de trabajo? ¿Es un oratorio? Es todo eso conjuntamente, separadamente, a la vez. Entre el corral y el patio se encuentra un vestíbulo; en los cuatro rincones del patio hay columnas que sustentan una especie de galería, tomando toda la altura de la primera planta, cerrada por grandes vidrieras. Este vestíbulo está embaldosado con mármol y mosaico, en su mayor parte procedente de Valencia. La puerta está coronada con bajorrelieves; al fondo se encuentra una estatua, en medio una fuente rodeada de flores, de plantas verdes y –diseminados por aquí y por allá, cabaletes, sillas, mesas y jardineras; en un rincón, pebeteros; en otros blandos divanes; sobre bastones dorados, loros de vivos colores; en jaulas de finos enrejados, pájaros de todos los países, de todos los matices; en el techo, en las paredes, suspendidos por aquí y por allá, farolas y cestas floridas.

Es una estancia encantadora, que cada uno decora según su gusto, su capricho, su posición, su fantasía o su fortuna.

²⁰⁷ Albert Robida, *op. cit.*, p. 154.

²⁰⁸ Boileau, *op. cit.*, p. 88.

²⁰⁹ Fernand Potier de La Morandière, *Espagne-Maroc-Portugal. 1883*, Paris, Tolmer et Cie., 1883, pp. 29 y 30.

Todos esos jardines y esos patios, desde el espléndido patio morisco del marqués de Palemba [sic], en Sevilla, hasta el humilde jardín del pobre, están limpios y relucientes, de tal manera que se podría pasar la mano sobre los mármoles sin que ella guarde la mínima traza de polvo. Ese retiro mágico, siempre repleto de poesía, ya sea en casa del pobre, ya sea en casa del rico, es, además, oloroso, fresco, perfumado. Una luz incierta y suave, similar a la que procuraría una lámpara de alabastro, viene a aumentar aún su misteriosa poesía.

Por la noche, durante el verano, se dejan las puertas abiertas, la luz de la luna, que ilumina el patio, viene a traer sus rayos sobre vuestro rostro adormecido; todo os aparece a través de una nube; las brisas perfumadas llegan hasta vosotros; es la embriaguez completa y absoluta. Creemos soñar, ya no estamos en España, ya no estamos en Europa, vivimos otra vida, respiramos el aire de otro mundo.

Estamos en Oriente²¹⁰.

También Robida describe los patios cordobeses con acierto:

Pasamos horas encantadoras corriendo de casa en casa, para sumergirnos a través de las rejas de las miradas indiscretas en todos los patios...

En la calle las fachadas son de la mayor simplicidad: muros de albañilería ordinarios, ventanas ordinarias, postigos ordinarios, todo ordinario, blanqueo ordinario; signo particular: pocas rejas en las ventanas. Tal podría ser, poco más o menos, la descripción con que un gendarme inteligente podría reconocerlas.

¡Pero el interior, pero el patio! En medio de la fachada blanqueada con cal se abre una puerta basta, que da a un pequeño vestíbulo enlosado, perfectamente limpio. En el fondo del vestíbulo está la puerta del patio, una reja de hierro forjado retorcido y trabajado, más o menos rico según la importancia de la habitación y casi siempre pintada de gris claro. El dibujo varía; lo más frecuentemente es un gran arabesco de hierro que despliega sus florones y

²¹⁰ Marie Létizia de Rute, "Lettres de Cordoue", *Les matinées espagnoles*, 1883, pp. 619 y 620.

sus rúbricas con mucha fantasía, o bien complicaciones de líneas que imitan a los rombos de madera de las puertas árabes.

A través de estas rejillas se ve el patio... Un patio es una gran sala a cielo abierto, situada en un edificio de cuatro caras, es algo como una gran habitación colocada en el centro de una casa y que no tuviera por otro techo que el cielo. El patio está enlosado como una habitación, y posee en los cuatro lados una columnata, que sube hasta la altura del primer piso. El primer piso supera la planta baja de la anchura de esta columnata y toda la parte que está suspendida de la casa reposa sobre columnas. De esta manera hay todo alrededor de la planta baja una galería cubierta, la cual tiene como techo el piso de la parte que avanza del primer piso...

Todo el centro del patio está invadido por las flores, las plantas trepadoras, los naranjos, los áloes; una mata florida trepa al pie de un amplio pilón de mármol por encima del cual las rosas se inclinan como atraídas por el agua dulcemente murmurante, y se deshojan sembrándola de una flotilla de pequeños barcos rosa que zozobran bajo una carga de perlas.

En línea, al pie de las columnas están ordenadas grandes macetas de tierra roja y barnizada, desbordante de verdura, y en el fondo se eleva algún tejo o ciprés de ramas podadas, recortadas y retorcidas, de manera para formar o bien una cuna o alguna decoración arquitectural.

Este es el patio de las casas ricas, los otros son parecidos, un poco más simples tal vez, pero todos tan frescos, todos desbordantes de ese lujo que una naturaleza meridional pone al alcance de todos engalanados de verdura y floridos a ultranza y con todos los colores²¹¹.

Continúa este autor observando atentamente a las mujeres que trabajan en talleres ubicados en los patios:

A la sombra de esas columnatas de mármol, donde mujeres, a menudo bonitas de cabellos negros, de tez mate, ojos chispeantes, están sentadas por grupos, teniendo todas engarzados en su cabellera, atadas al corsé y a veces incluso alrededor de ellas, pero todo

²¹¹ Robida, *op. cit.*, pp. 152-156.

con un arte que el arte no inventa, que sólo la naturaleza da, que se convierte en genio, a fuerza de ser ingenuidad, - rosas, claveles, flores de todos los matices, de todas las formas y de todos los esplendores.

Están ataviadas normalmente con vestidos claros estampados con colores alegres, con pequeñas pañoletas de tono vivo entreabierto sobre el pecho, y este conjunto de adorno destaca con el brillo de la piel, endulza y armoniza el lustre de los mármoles, hace vibrar el negro de los cabellos y el resplandor de las flores²¹².

También para el abogado Fernand Dauchez, más que las flores y fuentes son las mujeres las que le encantan en los patios con su “vestido blanco o rosa, de encantadores hombros, una negra cabellera picada con un clavel o una flor de granado, un dulce perfil”²¹³.

Mientras que para Godard es un “paraíso terrestre”, que no se encuentra en los apartamentos más suntuosos de los países del Norte²¹⁴, para Flat son “pequeñas cortes moriscas llenas de verdor y de frescura” para poder refugiarse de las altas temperaturas que soporta la ciudad durante los meses del estío²¹⁵. Allí se pueden observar hábitos y costumbres muy antiguas²¹⁶.

Nos sorprende que J. Lardeur, en una Córdoba encalada por todas partes, los encuentre totalmente solitarios: “Ni un ser animado, ni el menor murmullo a los lejos. Cada puerta está abierta de par en par”²¹⁷.

Al llegar a nuestra ciudad el 25 de abril de 1900, al joven Raúl de Lagénardièrre lo primero que le llama la atención son las flores, la mantilla y el abanico que con tanta elegancia exhibe la mujer cordobesa²¹⁸.

²¹² *Ibidem*, pp. 157 y 158.

²¹³ Fernand Dauchez, *Mon premier voyage en Espagne (Août-Septembre 1865)*, París, Société Française d’Imprimerie et de Librairie, 1908, pp. 202-205.

²¹⁴ Léon Godard, *L’Espagne. Moeurs et paysages. Histoire et monuments*, Tours, Mame et Cie., 1862, p. 196.

²¹⁵ Flat, *op. cit.*, p. 23.

²¹⁶ *Ibidem*, pp. 34-36.

²¹⁷ J. Lardeur, *Choses d’Espagne*. París, J. Lefort; Lille, A. Taffin-Lefort, 1898, pp. 66-68.

²¹⁸ Raoul de Lagénardièrre, *En Espagne. Primavera*, Abbeville, C. Paillart, 1901, pp. 49 y ss. Viene acompañado por el canónigo Berry, con el que dos años antes había hecho un viaje a Italia.

Recorre el trayecto que va desde la estación de ferrocarril hasta el paseo del Gran Capitán, lugar más frecuentado por los cordobeses que él compara con Las Ramblas de Barcelona. Y lo que por allí contempla es un verdadero parque donde se prodigan flores y verdor: “plátanos, naranjos, castaños, palmeras, acacias, tilas, canastas de rosas y de claveles”.

No tarda mucho este viajero en quedar prendado por los patios que descubre en todas las casas de nuestra ciudad; y describe el patio como un espacio con el cielo como techo y al que se abren las principales habitaciones, un “lugar donde, durante la bella estación, los ciudadanos pasan la mayor parte del día... Allí se trabaja, se lee, se reciben las visitas, se sueña en esa somnolencia tan dulce para las poblaciones meridionales”.

Nada se ha escatimado para convertirlo en la estancia más deliciosa del mundo: “Claustros con blancas columnas de mármol que prestan la sombra de sus bóvedas; pilones de mármol que, con sus chorros de agua y sus fuentes, refrescan la atmósfera; y para lujo de ese nido, flores a profusión que lo alegran y lo perfuman”.

Si bien en las viviendas modestas las flores crecen en el suelo libremente como en un jardín, en las viviendas más confortables, a la búsqueda del bienestar o del refinamiento, el patio está enlosado de mármol. Allí las plantas son sembradas en macetas y jarrones, son agrupadas artísticamente sobre caballetes como para una exposición.

Cualquier visitante de la ciudad puede contemplar los patios, ya que las pesadas puertas de madera que dan a la calle permanecen abiertas durante todo el día. Y es a través de una verja finamente labrada cómo se pueden admirar “esos invernaderos al aire libre, que se vuelven más encantadores, más seductores todavía en ese semimisterio.” Mas el recato en la manera de mostrarse los patios lo compara el viajero con el que mantienen las religiosas en los conventos de clausura: “Como monjas que se enclaustran con el fin de preservar su inocencia y su angélica piedad, estas flores de elección, para no perder nada de su pureza y de su esplendor, no aparecen a los ojos de los profanos más que tras un encaje de hierro”.

Así que valdrá la pena recorrer las estrechas calles empedradas de la ciudad para contemplar a ambos lados la sublime belleza. Pero es al caer la tarde cuando viene la calma a embalsamar con todos los olores, cuando se anima poco a poco el paseo del Gran Capitán y abre su cáliz “como esas flores discretas que, cerrándose a los rayos del día, no se abren de nuevo más que cuando ellos han desaparecido”. Es entonces cuando aparecen muy lentamente hermosas mujeres quienes, “con una languidez voluptuosa y encantadora, con ondulaciones de serpiente” van y vienen, al lado de sus maridos, de sus padres o de sus novios. Pues según, Lagénardière, no hay costumbre de darse el brazo. Ellas se miran y se saludan con la mano, a una distancia muy grande, por encima de las cabezas y a través de los grupos: “este pueblo parece una inmensa familia, del tipo de las de los patriarcas, en las que todos los miembros se conocen, se aprecian, son felices de codearse y de sentirse unos cerca de otros”.

Se fija el escritor francés también en el atuendo de los ciudadanos. Las mujeres del pueblo llevan “una simple flor de la temporada, pinchada en los cabellos, en la extremidad de un moño elevado: una rosa blanca o roja, dos claveles; y es todo”. Y en ese encantador “arriate suspendido”, ¡qué variedad de colores! Mientras que los hombres más uniformes solo portan una gardenia.

Las mujeres que pertenecen a la burguesía y a la aristocracia cubren con mucha gracia su cabeza con “la coqueta mantilla de encaje negro que presta a su rostro sereno el marco más elegante. Arrugada en algunas partes, está adornada con pliegues y festones, con un par de rosas de té, y se fija en lo alto de los cabellos por una peineta a lo Carmen”.

Finalmente, se refiere al abanico, como último rasgo del traje nacional:

Todas las mujeres tienen el abanico en la mano, y sin tregua sus dedos amables se divierten en girarlo y en devolverlo, en abrirlo y en cerrarlo, muy rápidamente, con un pequeño ruido seco e imperceptible, automáticamente, distraídamente; y esto sesenta veces por minuto, cuando hace mucho calor y cuando hace frío, en la casa, en la calle, en la iglesia.

En sus manos se convierte en un verdadero juguete que se pliega a todos sus caprichos, de tal manera que el francés concluye escribiendo que “una mujer privada de su abanico estaría en España mucho más desconcertada todavía que un hombre entre nosotros sin el bastón acostumbrado.

Plazas

El doctor en Teología Victor Postel nos recuerda que en el Campo Santo de los Mártires un buen número de ellos soportaron la muerte bajo la persecución musulmana. Allí se veía, antes de la invasión de los franceses, en 1809, una columna de jaspe con una inscripción en latín que traducimos así: “Ved este trofeo elevado por la religión, consagrado por la dulce y victoriosa fe de Jesucristo. Aquí una tropa de mártires obtuvo la palma con el precio de su sangre, y por la fuerza que les daba el Señor. Que tu corazón arda pues con una llama venida de arriba, mientras que tus ojos y tu alma contemplan este monumento”²¹⁹. También las tropas francesas derribaron allí una cruz, tal como nos menciona la señora Renée de la Richardays²²⁰.

Si hay una plaza digna de destacar en Córdoba, para el profesor y canónigo James de Condamin es la de la Corredera, que sirvió para torneos, corridas, hipódromo y finalmente dedicada a mercado, con la vivienda del cónsul francés en medio de una de las fachadas del rectángulo²²¹.

El farmacéutico y reputado prehistoricista Paul Tournal ve que en esta espaciosa plaza se produce una gran afluencia de vecinos que acceden a su mercado y añade a sus anteriores usos el de las ejecuciones de la Inquisición²²². También asiste allí a un desfile nocturno de un destacamento de guardias civiles, acompañados por los niños de la cuna y los alumnos de los colegios...²²³.

²¹⁹ Abate V. Postel, *À l'ombre du vieux castel. Récits, excursions et voyages. Italie, Espagne, Sicile...*, Paris, F. Bouquerel, 1867, p. 159.

²²⁰ Renée de la Richardays, *Venise et l'Espagne*, Paris, C. Dillet, 1876, p. 245.

²²¹ Beauregard, *op. cit.*, p. 142.

²²² Paul Tournal, *Lettres sur l'Espagne*, Montpellier, De Gras, 1867, pp. 40 y 41.

²²³ *Ibidem*, p. 49.

J. M. Cantera observa “inmensos paraguas de espartería colocados sobre postes de madera, creeríamos ver champiñones gigantes que sirven de abrigo a las mujeres del campo y a los frutos y legumbres que ellas traen para venderlos”²²⁴.

El inspector de Hacienda Evaristo Bouchet nos la describe más extensamente, así como a los campesinos y terratenientes que transitan por ella:

Desde la mañana, campesinos con pantalón corto, envueltos en un abrigo de color yesca o llevando una manta echada sobre el hombro, y tocados con un sombrero de fieltro con amplios bordes, llegan empujando ante ellos a sus mulas y a sus asnos cargados de grandes cerones de esparto llenos de frutas y de legumbres. Los propietarios de los alrededores también se dan cita allí para tratar de sus negocios; están a caballo, bien montados, y algunos llevan una escopeta suspendida en el arzón de su montura. Es, sin duda, una antigua costumbre y, hay que esperarlo, una precaución inútil. Sus estribos han conservado la forma árabe²²⁵.

A Louis Ulbach lo que le llama la atención son las telas que cuelgan de los balcones; adornos que, según le informan, están “expuestos a la lluvia para ser lavados” y “en los días de sol, para hacerlos secar”²²⁶.

Eugène Gallois nos detalla los animales que allí se venden: “pájaros comestibles, lechuzas entre otros, o incluso grillos en jaula, amuletos (que dan suerte)”²²⁷.

La plaza Jerónimo Páez está considerada por Robida de las más pintorescas de Córdoba, con la bella portada de Hernán Ruiz II roída por el tiempo, en la casa solariega de Jerónimo Páez de Castillejo; allí

²²⁴ J. M. Cantera, “En Córdoba”, *Journal des voyages et des aventures de terre et de mer*, Paris, À la Librairie illustrée, juillet à décembre 1880, tome VII, pp. 62 y 63.

²²⁵ Evaristo Bouchet, *Souvenirs d'Espagne*, Paris, A. Lemerre, 1886, pp. 70 y 71.

²²⁶ Louis Ulbach, *Espagne et Portugal. Notes et impressions*, Paris, Calmann Levy, 1886, pp. I, II, 161 y 162.

²²⁷ Eugène Gallois, *Espagne et Portugal, excursion dans la péninsule ibérique...*, Paris, Société d'éditions scientifiques et littéraires, 1899, p. 88.

se instaló el Museo Arqueológico Provincial a mediados del siglo XX²²⁸.

Para Georges Pillement una de las plazas más típicas de Córdoba es la del Potro, con el monumento a san Rafael de Verdiguier, el albergue donde se alojó Cervantes y el Museo de Bellas Artes²²⁹. También Michel del Castillo expresa su admiración por esta plaza, “una de las más bellas plazas de Córdoba, tan simple que nos preguntamos, a semejanza de las mujeres muy bonitas, lo que produce su seducción...”²³⁰

La de las Tendillas, para el historiador del arte Camille Mauclair, “se rodea de edificios nuevos en deplorable pastelería, y en medio la estatua del gran capitán Gonzalo es cómica con su cabeza de mármol blanco plantada sobre un cuerpo de bronce”²³¹.

Medina Azahara

Marie Létizia de Rute, “La Musa de los Alpes”, destaca su importancia entre los monumentos de Córdoba:

A tres millas de la ciudad, al pie de un monte, se eleva Medina Azahara, la *città proventi*, una de las más maravillosas obras de arquitectura del califa Abderramán III, creada en honor de su favorita, al-Zahra, y de la que hoy sólo quedan algunas piedras²³².

Para describirnos la ciudad palatina en su época de mayor esplendor, Victor Féréal y Manuel de Cuendias recurren a los escritos del arquitecto irlandés James Murphy y a los cronistas árabes²³³.

Jean Charles Davillier toma de la *Historia de las dinastías mahometanas en España* de Mohammed Al-Makkari lo que escribe acer-

²²⁸ Robida, *op. cit.*, p. 191.

²²⁹ Georges Pillement, *L'Espagne inconnue. Itinéraires archéologiques*, Paris, Bernard Grasset, 1973, p. 536.

²³⁰ Michel del Castillo, *Andalousie*, Paris, Éditions du Seuil, 1991, p. 79.

²³¹ Mauclair, *op. cit.*, p. 136.

²³² Marie Létizia de Rute, *op. cit.*, pp. 622 y 623.

²³³ Victor Féréal y Manuel de Cuendias, *op. cit.*, pp. 331-336.

ca del monumento y nos menciona también el palacio de Rizzafah²³⁴, entre otros²³⁵.

Georges Pillement también nos ofrece una larga cita de los cronistas árabes sobre Medina Azahara²³⁶.

Para Adolphe Desbarrolles las descripciones que nos ofrecen los cronistas árabes parecen proceder de los cuentos de *Las mil y una noches*. También culpa de su destrucción a los carboneros de la Sierra²³⁷.

Por otra parte, Léon Godard, de acuerdo con su amigo y compañero de viaje, el inglés William Rose, se manifiesta escéptico con respecto a las maravillas que contaban los cronistas árabes sobre Medina Azahara:

Abderramán II, en el siglo IX, mandó ejecutar en Córdoba prodigiosos trabajos. Se convirtió en una ciudad maravillosa, sobre la cual desplegó sus alas la imaginación oriental de los árabes. Bastante ingenuos, en verdad, son los escritores que se lamentan sobre su decadencia, diciéndonos que en otro tiempo contaba con doscientas mil casas, ochenta mil palacios, seiscientas mezquitas y doce mil pueblos como arrabales. Esa Córdoba casi no existió como Zahra, su vecina, construida por el mismo califa para su esclava favorita. El palacio principal se sustentaba con doce mil columnas de granito o de mármol, y el oro labrado tapizaba las paredes.

Ciertamente, España conserva bastantes bellos monumentos del período musulmán para justificar brillantes elogios y pomposas descripciones. Pero, no lo olvidemos, los árabes se vuelven fácilmente poetas; acumulan entonces lo maravilloso sin soñar en lo posible o en lo imposible: ya se trate de tesoros, de cifras, de obras de arte, sus historiadores más serios caen frecuentemente en los cuentos de *Las mil y una noches*. Si hubieran elevado en Córdoba y en otras partes tantos suntuosos edificios, con tan duros materiales como el granito y el mármol, quedarían, después de tan poco tiempo, importantes vestigios. ¿Cómo, pues, explicar una completa ani-

²³⁴ Al igual que Medina Azahara este palacio fue destruido a principios del siglo XI.

²³⁵ Davillier, *L'Espagne...*, p. 456.

²³⁶ Pillement, *op. cit.*, pp. 542-544.

²³⁷ Desbarrolles, *op. cit.*, p. 288.

quilación? No vemos por qué los españoles se hayan ensañado en destruir. Y los terremotos, como el que derribó Córdoba en 1589, dejan al menos ruinas...

Dicen los historiadores musulmanes, al hablar del palacio de Zahra, construido un poco más tarde, que un millar de sus columnas venían de África, otras de Constantinopla, ofrecidas por el emperador griego²³⁸.

Las Ermitas

El origen de este eremitorio, denominado Desierto de Nuestra Señora de Belén, se remonta al obispado de Osio (295). Está situado en las cumbres de la Sierra, en las proximidades de la ciudad. La belleza del lugar y la admirable vista que desde allí se contempla es lo que más sorprende a los viajeros.

Para el botanista Edmond Boissier será uno de los más agradables recuerdos de su viaje al Sur de España, en un cálido día otoñal. Como buen experto admira la flora de Sierra Morena y centra su atención en las “pequeñas ermitas que hubieron de ser el retiro más risueño del mundo, pero cuyos poseedores fueron expulsados con motivo de la abolición de los conventos y ahora erran en el exilio o entre las bandas carlistas, a donde la miseria les ha empujado”²³⁹.

La señora Joséphine de Brinckmann nos describe la ruta para llegar allí, así como las hermosas vistas que se pueden contemplar y la vida de los ermitaños que, según ella, “son los únicos religiosos permitidos en España; no deben su reinstalación más que a la piedad de un rico marqués que vive en Córdoba quien, con motivo de la venta de los bienes del clero, compró este cercado”²⁴⁰.

El catedrático Rosseeuw Saint-Hilaire también disfruta de las maravillosas vistas que ofrece el eremitorio, así como de las que se pueden contemplar, estando sentado en el sillón episcopal de mármol situado en

²³⁸ Godard, *op. cit.*, pp. 197 y 198.

²³⁹ Edmond Boissier, *Voyage botanique dans le Midi de l'Espagne pendant l'année 1837*, Paris, Gide et Cie., 1839-1845, t. I, p. 169.

²⁴⁰ J. E. de Brinckmann, *Promenades en Espagne pendant les années 1849 et 1850*, par Mme. de Brinckmann, née Dupont-Delporte, Paris, Franck, 1852, pp. 130 y 131.

sus jardines. Aprovecha la ocasión para hacer una crítica a la desamortización de los bienes eclesiásticos: “Hubiera bastado con prohibir toda recepción de novicios para asegurarse, que al cabo de veinte o treinta años, todo vestigio de la institución hubiera desaparecido por completo”²⁴¹.

El marqués de Custine indaga en la espiritualidad y alimentación de los 22 ermitaños, así como en la biografía de algunos de ellos: uno que lleva 35 años; el superior, distinguido hombre de negocios que nació en Méjico; un militar que, tras practicar la penitencia con extrema severidad a lo largo de siete años, ha sido nombrado maestro de novicios; también hubo un chambelán de la reina, nacido en Portugal, que permaneció varios años, pero tuvo que abandonar por la aspereza del clima²⁴².

Sin contar con la requerida autorización episcopal, el periodista Pierre Léonce Imbert consigue acceder al lugar:

Por encima de la entrada hay una cabeza de muerto sobre unas tibias en cruz... Una decena de gatos, que parecen ermitaños como sus dueños... Todo está tranquilo. El hermano nos conduce a la Silla del Obispo... Desde allí, gozamos de una vista admirable hacia las montañas y la llanura... Los monjes han elegido la residencia más encantadora de la sierra. Su jardín regado por un agua cristalina está perfectamente cultivado: allí se encuentra gran variedad de plantas y sabrosos frutos²⁴³.

La condesa Juliette de Robersart, a pesar de su condición femenina, consigue una autorización del obispado para la visita:

La vista se hunde en Sierra Morena o baja sobre las risueñas y fértiles campiñas de Córdoba; un castillo de los moros, que se ve en el horizonte, parece el fantasma de su poderío desvanecido. Todo este conjunto es grande. Hemos tocado la campana de la ermita. El sonido retumba y se repite por la montaña... Es un acontecimiento que mujeres accedan a este lugar sagrado... Hay veinte er-

²⁴¹ Rosseeuw Saint-Hilaire, *op. cit.*, pp. 120-122.

²⁴² Custine, *op. cit.*, pp. 74-81.

²⁴³ P. L. Imbert, *L'Espagne, splendeurs et misères. Voyage artistique et littéraire*, Paris, E. Plon et Cie., 1875, pp. 102 y 103.

mitaños separados, escondidos en los pliegues de la montaña; cada uno tiene una campana y un torno... El torno sirve para pasar las comidas, vegetales y pescado, pues no se come carne aquí. Los ermitaños no pueden salir, ni hablarse, ni verse más que en la iglesia... El prior me dejó entrar en su casa. Está compuesta de una pequeña habitación con un banco y una mesa. Una horrible litografía, que representa la muerte del pecador, adorna la pared blanqueada con cal. Una segunda habitación de algunos pies da a la primera, es el dormitorio; una piedra como almohada, una piel de cordero extendida sobre una tabla, he aquí la cama...

He visto y tocado las disciplinas, el cántaro de agua que contiene la única bebida... Aquellos religiosos han ocupado, casi todos, grandes posiciones en el mundo...²⁴⁴

El monje benedictino e historiador Paul Piolin, especialista en arqueología y además en temas de reclusión religiosa, cita lo que la condesa Robersart escribió sobre las Ermitas y también una carta que, desde Versalles, había recibido del canónigo Jules Corblet, quien había visitado el eremitorio dos años antes:

“Versalles, 24 de noviembre de 1879.

Querido y Reverendo Padre,

Acabo de leer con mucho interés su primer artículo sobre la reclusión religiosa. Tal vez no conoce usted el único grupo de ermitaños que existe todavía en la Iglesia latina, y vengo a darle, a este propósito, algunas informaciones, sin duda útiles para usted.

En 1878, yo me encontraba en Córdoba. El Sr. Marqués de la Corte, el dichoso y rico poseedor del antiguo jardín de Boabdil, solicitó para mí y algunos compañeros de viaje, a Monseñor el Obispo, la autorización para visitar las Ermitas, lo que nos fue graciosamente concedido. Ese grupo de treinta ermitaños está situado a siete horas [sic] de Córdoba, en medio de Sierra Morena, sobre la cumbre de una alta montaña, donde abundan los naranjos, los limoneros y los granados. Gracias a la presencia del Marqués de la Corte, que nos servía de cicerone, no esperamos mucho tiempo en

²⁴⁴ Juliette de Robersart, *Lettres d'Espagne par la comtesse J. de Robersart*, París, Watelier; Lille, Brujas, Desclée de Bouver et Cie., 1879, pp. 85 y 86.

el porche que nos servía de sala de espera: el hermano portero, que ejerce muy raramente sus funciones, nos condujo a la capilla donde se había de decir la misa.

Es allí donde cada mañana se reúnen todos los ermitaños. He visto al hermano sacristán, vestido poco más o menos como los franciscanos, pero es todo; a pesar de nuestra insistencia, no hubo medio de ver a ningún otro, ni siquiera al superior, que lleva el título de *primo ermita*. Nos ofrecieron un copioso desayuno, pero muy frugal: chocolate, pan moreno, queso, higos secos y naranjas.

Unos treinta ermitaños están diseminados por la montaña, a bastante largas distancias. Cada una de ellas se compone de tres habitaciones, una cocina, un dormitorio, un oratorio, pero el jardín es muy grande, perfectamente cerrado por muros; cerca de la entrada se encuentra un pequeño armario con doble puerta donde se depositan las provisiones culinarias.

Intentamos entrar en una celda ocupada; pero, a pesar de las exhortaciones de nuestro hermano conductor, el ermitaño hizo oídos sordos: son muy celosos de la libertad de su soledad. Visitamos otra reclusión, cuyo huésped estaba ausente: había un taller de tornero, y muchas pequeñas cruces de limonero muy bien hechas. El *Campo Santo* sólo nos mostró pequeñas cruces sin inscripciones. De vez en cuando se oye sonar una gruesa campana, a la que pronto responden unas treinta campanitas, que vienen de todos los puntos de la montaña. El *primo ermita*, lo comprendemos, no puede ejercer la vigilancia sobre un espacio tan extenso. Cuando quiere saber si cada ermitaño, a tal hora, está en su celda, no está dormido, etc., toca la campana. Si ésta, de la que distingue perfectamente la nota, no responde, o responde demasiado tarde, el ermitaño cogido en fallo debe dar explicaciones y, si hay lugar, sufrir un castigo. Ve usted que el *primo ermita*, además de las virtudes de su cargo, ha de poseer una maravillosa facultad acústica...

Recuérdeme..., y reciba, usted mismo, mi atento saludo.

J. Corblet.”

Esta interesante comunicación nos remite en memoria a lo que hemos leído en las *Cartas de España*, por la condesa J. de Rober-

sart, sobre una visita hecha, por la mujer espiritual que toma este nombre, a las Ermitas de Córdoba...

Al reproducir estas dos citas que se completan, evidentemente nos hemos alejado de la arqueología que debe detenernos aquí...

Los ermitaños de Sierra Morena no están reclusos en la acepción propia de la palabra, pero se aproximan a ello cuanto es posible. La reclusión religiosa, como lo hemos dicho, es la cautividad, la prisión voluntariamente aceptada. Y al igual que en la cautividad impuesta hay grados diferentes, así mismo en la cautividad religiosa hay diversidades que es importante tener en cuenta. Había sobre todo tres clases muy diferentes...²⁴⁵

El periodista Louis Ulbach²⁴⁶ deja constancia de las informaciones que aparecen en las guías sobre el interesante paseo hasta llegar allí y sobre la visita, que por entonces estaba prohibida a las mujeres; tales aspectos también son tratados por el viticultor Gabriel de Saint-Victor²⁴⁷.

Fiestas

Paul Flat ve con asombro las procesiones del Viernes Santo alrededor de la Mezquita, con esa mezcla de lo árabe y de lo cristiano:

Hoy es Viernes Santo: procesiones dan la vuelta a la Mezquita, precisamente por la parte que sigue siendo completamente musulmana y que no fue tocada. ¡Cosa singular y desconcertante... y no sé por mi parte si no prefiero, al cristiano de nuestros días, el musulmán que se vuelve hacia la Meca salmodiando sus oraciones: por lo demás, no veo que entre ellos haya grandes diferencias²⁴⁸.

También Édouard Diaz nos describe la ciudad durante estas fiestas, al mismo tiempo que nos cuenta sus peripecias para acceder en estos días a una casa de citas:

²⁴⁵ Dom Paul Piolin, "Note sur la réclusion religieuse", *Société française d'archéologie. Bulletin monumental*, Paris, 1880, pp. 518-523.

²⁴⁶ Ulbach, *op. cit.*, p. 163.

²⁴⁷ Saint-Victor, *op. cit.*, p. 55; Ulbach, *op. cit.*, 163 y 164.

²⁴⁸ Paul Flat, *Paul Flat. L'art en Espagne*, Paris, Alphonse Lemarre, 1891, pp. 33 y 34.

Córdoba, taciturna y silenciosa, se duerme bajo un crespón de luto; las horas perezosas se desgranán sordamente en un cielo sin ecos; la inminencia de la Pasión del Hombre-Dios suspende el curso de la vida social de este pueblo más devoto que creyente. Incluso el vicio no escapa al contagio del tedio sagrado que engendra el regreso del aniversario del drama supremo del Gólgota...

La respetable matrona predica en el desierto. Encarnación no se calla, Mercedes grita más fuerte, Lola pasa su adorable carita a la ventana, yo agoto las cuerdas más elevadas de mi registro vocal. Llamamos a los guardianes nocturnos que no se hacen rogar para aceptar un vaso de manzanilla. Abrevados los serenos, reanuda la fiesta con un bello alboroto de guitarra y se prolonga sin contratiempos notables hasta el día²⁴⁹.

En el año 1905, Paul Jousset asiste a la romería de Santo Domingo de Scala Coeli. Con gran belleza literaria describe los apuestos jinetes y los hermosos corceles andaluces, así como las mujeres sobre los carros o sobre asnos que le resultan encantadoras con sus vestidos de color rosa, azul o verde. Le llama la atención que durante los rezos en el santuario se permita la entrada a los perros. Fuera los grupos encienden fuegos para cocinar, mientras “los asnos, atados a algún tronco nudoso, sacuden sus guirnaldas, dan coces y rebuznan. Comen, ríen, llaman de un grupo a otro; luego, al son de alguna guitarra, se organizan bailes campestres, y el día pasa alegremente, sin locura, como es debido (no he visto borrachos)”²⁵⁰.

El geólogo y juez Gustave Cotteau acude por la noche a la feria de la Fuensanta y queda encantado tanto por el pintoresco lugar como por la elegancia de las personas y la gracia femenina. Observa una considerable diferencia con las fiestas francesas:

Por la noche se celebraba, a alguna distancia de Córdoba, una fiesta popular de una capilla muy célebre, el santuario de la Fuente [sic]... Más de dos mil personas, pertenecientes a todas las clases, asistían a esta feria, que tenía a la vez un carácter mundano y religioso. El sitio es de los más pintorescos: sobre un punto un poco

²⁴⁹ Édouard Diaz, *L'Espagne picaresque*, Paris, A. Charles, 1897, pp. 148-151.

²⁵⁰ Paul Jousset, *L'Espagne et le Portugal illustrés*, Paris, Librairie Larousse, 1908, p. 54. (Pasa por Córdoba el 9 de abril de 1905)

elevado se extiende una amplia explanada plantada de árboles y cuyas alamedas están provistas de sillas; un kiosco es ocupado por la música; una avenida bordeada de pequeñas tiendas conduce a la capilla; todo está iluminado por farolillos de colores dispuestos en cordones o suspendidos en la maleza. A las diez la fiesta está repleta de animación: todas las sillas están ocupadas; las alamedas están llenas de hombres y mujeres que pasean. Entre las mujeres, ¡cuántos tipos encantadores! ¡Qué elegantes están envueltas en su mantilla, la mayoría de las veces sujeta sobre la frente por una flor natural! ¡Cómo saben ellas servirse de su abanico y justifican bien esa fama de gracia y de belleza que se atribuye a las andaluzas!

¡Qué diferencia con nuestras fiestas populares! ¡Nada de gritos, ni de disputas, nada de hombres ebrios, nada de vendedores de vinos o de licores! Pequeñas tiendas de juguetes, de mercería, de cuchillos; vendedores de medallas y de rosarios; frutos de toda clase, agua helada y bebidas refrescantes; ¡por toda distracción, el paseo y la música, y al final unos fuegos artificiales muy bien conseguidos!²⁵¹.

El vice-cónsul de Francia, José Muñoz Sánchez, llevó a la feria al abogado Paul Fontanié, que venía acompañado por 36 miembros de la Sociedad Arqueológica de Tarn-et-Garonne:

El espectáculo era interesante: barracas al aire libre, danzas en que se desplegaban con agrado la gracia y la coquetería andaluzas, la música, el ruido, en fin la alegría de vivir, todo eso se veía y se sentía en ese paseo, en esa noche en que, para recordar a Gautier: “jamás noche más bella y más serena envolvió al globo con su manto de terciopelo azul”²⁵².

²⁵¹ Gustave Cotteau, “Congrès international d’anthropologie et d’archéologie préhistoriques. Section de Lisbonne”, *Revue des Sciences historiques et naturelles de l’Yonne. Bulletin de la Société*, 1881, pp. 7 y 8.

²⁵² Paul Fontanié, “Rapport sur le Voyage en Espagne”, *Bulletin archéologique et historique de la Société archéologique de Tarn-et-Garonne*, t. 19, [s.n.] (Montauban) 1891, pp. 401 y 402.

Para Augustin Challamel la Mezquita-Catedral es como un libro: "Es toda la historia religiosa de España, desde los tiempos más remotos". Allí asiste a una misa que le va a servir tanto para conocer las costumbres de los fieles como para hacer algunas reflexiones sobre el catolicismo en España, aquí mezclado con lo oriental. Ve hombres y mujeres arrodillados o sentados sobre aquellas esterillas al estilo oriental, otros personajes que conversan, escupen, tosen, pasean o miran a las mujeres; perros que entran a la iglesia; un sacerdote que lee y habla excesivamente deprisa; el órgano que interpreta aires poco religiosos... Sólo encuentra devoción en un soldado de la Guerra de la Independencia, que hace penitencia por haber apuñalado a un oficial francés.

Fuente: Francisco AGUAYO EGIDO, «Viajeros franceses por la Córdoba contemporánea», en *La ciudad y sus legados históricos (VI). Córdoba contemporánea (Siglos XIX-XXI)*, Córdoba, 2022, p. 161.

